

Benjamín Martín Sánchez
Cánonigo de la S. I. Catedral de Zamora

EL AUTENTICO CRISTIANO

Es el imitador de Cristo.
Los ejemplos expuestos te moverán a serlo. /

*Os he dado ejemplo, para que vosotros hagáis
también como yo he hecho. (Jn. 13,15)*

APOSTOLADO MARIANO

Recaredo, 44.
41003 SEVILLA

CON LICENCIA ECLESIASTICA

Depósito Legal: B-18850/96

ISBN: 84-7770-298-5

Imprime: APSSA – C/. Roca Umbert, 26

08907 L'HOSPITALET (Barcelona)

INDICE

Presentación	4
¿QUIEN ES JESUCRISTO PARA NOSOTROS?	
– Jesucristo es nuestro modelo.	7
– Santidad de Jesucristo.	8
– Ejemplos referentes a la santidad.	10
– Voluntaria pobreza de Jesucristo.	13
– Ejemplos referentes a la pobreza.	15
– ¿Qué nos dice Jesucristo de la limosna?	19
– Ejemplos referentes a la limosna.	22
– Humildad de Jesucristo.	27
– Ejemplos referentes a la humildad.	28
– Obediencia de Jesucristo.	33
– Ejemplos referentes a la obediencia.	35
– Bondad y amor de Jesucristo.	39
– Ejemplos referentes al amor de Jesucristo.	42
– Conviene siempre orar.	45
– Ejemplos sobre la oración.	48
– Paciencia de Jesucristo.	49
– Ejemplos referentes a la paciencia.	52
– Las pruebas de las tentaciones.	54
– Ejemplos referentes a las tentaciones.	56

– Creed en el Evangelio y predicadlo.	60
– Ejemplos sobre la Biblia.	63
– ¡Ay de vosotros los ricos!	67
– Ejemplos referentes a la riqueza.	70
– ¡Ay del mundo por los escándalos!	73
– Ejemplos referentes al escándalo.	75
– ¿Serán pocos los que se salvan?	78
– Ejemplos referentes a la salvación.	82
– Amad a vuestros enemigos.	84
– Pensamientos referentes al amor al prójimo.	86
– Yo soy el pan de vida...	88
– Ejemplos referentes a la Eucaristía.	92
– Dios te salve María, llena de gracia...	96
– Ejemplos referentes a la Virgen María.	98
– Con el sudor de tu rostro comerás el pan...	103
– Ejemplos referentes al trabajo.	105
– El por qué del dolor.	107
– Ejemplos referentes al dolor.	110
– La Pasión de N. Señor Jesucristo.	113
– Ejemplos referentes a la Pasión de Cristo.	114
– El hombre no piensa que se acerca la muerte...	117
– Pensamientos referentes a la muerte.	119
– Vuestra recompensa es grande en el cielo.	121
– Ejemplos referentes al cielo.	124

Presentación

Un verdadero artista no pinta nunca de memoria, siempre tiene delante un modelo. Nosotros también necesitamos un modelo para saber cómo debemos vivir acá abajo en la tierra, y este modelo no es otro que Jesucristo, porque vino precisamente a este mundo para darnos ejemplo de vida, pues Él es el que se nos ha revelado como el ejemplar de toda santidad, modelo perfectísimo de vida divina y sobrenatural, y, por lo mismo, deber nuestro es imitarle, es decir, ser copiadore de su imagen hasta la perfección, porque Él quiere que aprendamos de Él y sigamos su ejemplo.

Jesucristo es Dios y es hombre. Como Dios que es, no le podemos imitar en aquellos atributos que le son exclusivos, como son la eternidad, la omniscencia, la omnipresencia, la inmensidad, etc.; pero si debemos imitar aquellas propiedades que en nosotros forman el «carácter» y que en Dios sirven de modelo a nuestro esfuerzo moral: su santidad, su justicia, amor, bondad, suavidad, paciencia, misericordia, liberalidad, fidelidad, veracidad...

San Pablo dice: «Sed imitadores de Dios» (Ef. 5,1), y a esto diremos que Dios es inimitable en su perfección, porque es ideal más elevado; pero podemos imitarle según nuestra medida, en cuanto nos es posible.

A Dios le podemos imitar en magnitud y humildad, con fidelidad y constancia, con la mirada fija en Cristo, que nos ha mostrado el camino de la perfección, y aunque ahora no vive personalmente en medio de nosotros, tenemos su espíritu, su ejemplo, su Evangelio en el que se nos revelan los rasgos de su vida.

Todos los santos son admirables y ejemplares, porque tuvieron por modelo a Cristo del que fueron copiadore, y a veces fueron imitadores de otros santos por haber visto en ellos la práctica de las virtudes, quienes las copiaron del mismo Cristo. Así vemos que Juan Bermans, Don Bosco, San Gabriel de la Dolorosa y otros se santificaron tomando por modelo a San Luis Gonzaga. Los ejemplos arrastran.

Siendo Jesucristo nuestro modelo, empezaré hablando de su santidad en general y luego de todas sus virtudes, en las que debemos imitarle a semejanza de los santos, y a continuación de cada una de ellas iré exponiendo una serie de ejemplos que pueden estimularnos a seguir a Jesucristo por el camino de la santidad.

*Benjamín Martín Sánchez
Zamora, 15 enero 1996*

¿QUIEN ES JESUCRISTO PARA NOSOTROS?

Jesucristo es nuestro modelo

Empecemos viendo quién es Jesucristo para nosotros los cristianos. Para nosotros es Maestro, Camino que lleva al Padre, Salvador, pero no hemos de olvidar que Él quiere ser nuestro Modelo. Y nosotros «en vano nos llamaremos cristianos, sino somos imitadores de Cristo» (S. León M.25,6).

Dios se dignó tomar cuerpo humano, es decir, aparecer como hombre en medio de nosotros en su propia persona elevado ejemplo de vida.

Textos bíblicos: «Ejemplos os he dado para que así como yo he hecho con vosotros, lo hagáis también vosotros» (Jn. 15,13). Yo soy la luz del mundo, el que me sigue no anda en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida (Jn. 8,12). «Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame» (Mt. 16,24). «En esto conocerán todos que sois mis discípulos, si os tuviereis amor unos a otros» (Jn 13,35). «Cristo padeció por nosotros, dejándonos ejemplo para que sigáis sus pasos» (2 Ped. 2,21).

El camino de la santidad es difícil de andar porque es camino de cruz, pero si bien lo observamos éste fue el de Jesucristo y el de los santos.

Tenemos, pues, que imitar a Cristo, pero ¿cómo hemos de imitarle? San Francisco de Asís en su Regla habla de «seguir la doctrina y las huellas de nues-

tro Señor Jesucristo», de «aficionarnos a sus palabras, a su vida y a su santo Evangelio», de «observar el Evangelio santo de Cristo».

Para imitar, pues, a Cristo, debemos tomar como principio y fundamento el texto evangélico, sus narraciones, las palabras pronunciadas por Cristo y allí consignadas y meditarlas minuciosamente con el fin de conformar nuestra vida con la del divino modelo, imitando cuanto podamos los ejemplos que nuestro Señor nos dejó en el curso de su vida mortal entre nosotros. A este fin hemos de procurar pensar como Él, querer y amar lo que Él quería y amaba.

Santidad de Jesucristo

Todos los que convivieron con Jesucristo, como fueron sus discípulos y amigos, que le siguieron paso a paso, quedaron prendados de su pureza y santidad y no descubrieron en Él una sola imperfección.

También sus enemigos, los que no estaban predispuestos en su favor, los que le hacían preguntas capciosas para ver si le sorprendían en algo para poderle acusar, no pudieron encontrar en Jesús falta alguna, y sólo Él pudo decirles: «*¿Quién de vosotros me convencerá de pecado?*» (Jn. 8, 46), y a este reto ninguno de ellos se atrevió a echarle en cara nada, por más que le odiasen.

Judas, que de amigo se convierte en enemigo, exclamó antes de morir, consciente de su crimen: «*He vendido la sangre inocente*» (Mt. 27,4). Los extraños,

amigos y enemigos, todos dieron testimonio de la inocencia de Jesús: Pilato dijo: *«Yo no hallo delito alguno en este hombre»* (Jn. 19,4). El buen ladrón: *«Nosotros ciertamente padecemos por nuestros pecados, pero Éste ningún mal ha hecho»* (Lc. 23,41). El centurión al pie de la cruz, cuando espiró Jesús: *«Verdaderamente este hombre era el Hijo de Dios»* (Mc. 15,39).

Jesús era santo, sin pecado alguno, sin una sola mancha, pasó completamente puro sobre la tierra *«haciendo bien a todos»* (Hech. 10,38).

Textos bíblicos: *«¿Quién de vosotros me argüirá de pecado?»* (Jn. 8,46). *«Sabéis que pareció para quitar el pecado y que en Él no hay pecado»* (1 Jn. 3,5). *«Y tal convenía que fuese nuestros Pontífice, santo, inocente, inmaculado, apartado de los pecadores y más alto que los cielos»* (Heb. 7,26). *«Yo soy el Señor, Dios vuestro; sed santos, porque yo soy santo»* (Lev. 11,44). *«No eres tu un Dios que ame la iniquidad, ni será tu huesped el impío. No pueden los insensatos estar ante tus ojos; odias a todos los obradores de la iniquidad. Das a la perdición al mentiroso; al sanguinario, al fraudulento, los abomina Dios»* (Sal. 5,5-7). *Nadie es santo como lo es el Señor* (1 Sam. 2,2).

Jesucristo forzosamente es el Santo de los santos, y no podía ser menos, pues como Dios, es la santidad por esencia, la santidad increada e infinita, y como hombre, es santísimo, no sólo por la gracia infusa en su alma, sino también por la unión de la gracia hipostática, en cuya virtud la plenitud de la

Divinidad y de la santidad habita en Él corporalmente como nos dice el apóstol (Col. 2,9).

Jesucristo es el Dios humanado, el Cordero sin mancha, que vino a quitar los pecados del mundo y traer una vida santa a la tierra, y ofreció su vida en el Calvario para el perdón a todos, y Él fue el que se vengó de sus enemigos con la caridad y el perdón al decir desde la cruz: «*Padre, perdónales, porque no saben lo que hacen*» (Lc. 23,34), «y luego resucitó para nunca más morir» (Rom. 6,9), demostrando así que Él era Dios y Dios misericordioso, y para nuestro consuelo dijo: «*Yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo*» (Mt. 28,20). Y Él que es santo nos exhorta a serlo: «*Sed santos...*»

1

Ejemplos referentes a la santidad

Santo Tomás de Aquino, príncipe de los teólogos, estaba postrado en el lecho de muerte. Su hermana pensó: «Antes de que Tomás muera, quiero preguntarle algo», y le dijo: – Tomás, ¿qué es lo principal, qué debo hacer para alcanzar la santidad?

– Contestóle el santo: Lo principal es tener grandes deseos de alcanzarla, es decir, querer de veras ser santa, y a este fin imitar a Jesucristo practicando las virtudes que Él nos enseña.

2

San Francisco de Asís pedía un medio fácil y segu-

ro para llegar a la santidad, y oyó una voz que le dijo: «Abre el misal». Abrió el misal y sus ojos toparon con aquellas palabras: «*Pasión de N. Señor Jesucristo...*»

La meditación de la pasión de Jesús es el medio más excelente para llegar a la santidad.

3

¡Cuántas veces os habéis preguntado eso!: ¿Qué haré yo para llegar a la santidad? ¿Dónde encontraré ese camino seguro, que encontraron otros hombres, débiles como yo, y que los llevó a las alturas maravillosas de la perfección? Escuchad:

Un día Margarita de Hungría hablaba con su confesor, el padre Marcelo, hombre lleno de prudencia y virtud. El religioso le confesó que había pedido largo tiempo a Dios, por medio de fervientes oraciones, la respuesta a eso que vosotros preguntáis: que le diera a conocer por qué camino habían llegado los antiguos a tan gran santidad.

Y una noche, despertando de pronto, vio un libro escrito con letras de oro y oyó una voz que le decía: «¡Hermano, levántate y lee!». Marcelo se levantó y leyó estas palabras: «El camino de la perfección de los antiguos padres fue el siguiente: Amar a Dios, despreciarse a si mismo y no despreciar ni juzgar a nadie».

Margarita aprendió la lección. Tomó como norma de su vida estas palabras, y el cumplirlas la llevó al altar.

¿No podrían ser también la norma de la vuestra?

Probad a ponerlas por obra: Amar a Dios, despreciarse a sí mismo y no despreciar ni juzgar a nadie.

4

En el siglo IV, un sabio de celebridad mundial, pero de vida pecadora, vislumbró un día el justo modo de cotizar valores y estimar más el alma que cualquier otra cosa. Y exclamó: «Han podido hacerlo éstos y aquellos, y tu, con tu ciencia, ¿por qué no podrás?». Esta frase hizo santo al gran San Agustín de Tagaste.

En el siglo XVI, un soldado ambicioso estaba herido; y en su lecho hojeó el Evangelio y las vidas de algunos santos. «Si ellos pudieron, ¿no podría yo hacerlo?

¿Y yo, hijo del siglo XX? ¿No podría llegar a tener mi alma en más estima que cualquier otra cosa y emprender el camino de la santidad e imitar a tantos otros que se hicieron santos con la práctica de las virtudes cristianas?

5

Los ojos santos traspasan el corazón pecador. Los dos siguientes ejemplos lo comprueban.

Conrado de Parzham tenía una mirada admirable. «Su mirada» cuenta un sacerdote «es inolvidable para mí. Aunque hayan pasado ya 37 años desde que me miró, no puedo olvidar esa mirada». Esa mirada producía algunas veces el mismo efecto que la del Salvador al mirar a Pedro.

Un religioso cuenta: «Un día estaba yo sentado en

el confesionario, en la antigua iglesia de Santa Ana de Altötting. Entró un joven desaliñado, y lloró amargamente. No podía proferir una sola palabra de tanto sollozar. Solamente al preguntarle yo con amor: «¿Qué te pasa?», me contestó: «Soy el pecador más grande del mundo». «Y cómo has venido ahora al confesionario».

Él contestó: «He pedido de limosna un poco de pan, allá en la puerta, al viejo capuchino, y él me ha mirado, y me ha atravesado con la mirada». Se confesó con tal contrición como pocas veces suele suceder».

6

En cierta ocasión un caballero, algún tanto curioso, acompañado de un Abad fue a ver a la monja *Lutgarda* (m. 1246 en Aywières, Bélgica). El caballero se azoraba todas las veces que le miraba aquella virgen consagrada a Dios. El Abad le preguntó al volver a casa: «Ya habéis visto a esa santa mujer, ¿qué opináis de ella?». El caballero le contestó: «Sí, la he visto. Pero ¡qué mirada, qué ojos! Confieso que me daba la impresión de que eran los ojos de Dios que me examinaban. De puro susto y horror a mis pecados estaba completamente fuera de mí. No deseo más que una cosa: librarme de mis pecados por su intercesión y lograr por la gracia de Dios no volver a caer».

Voluntaria pobreza de Jesucristo

El apóstol San Pablo nos dice: «*Tened en vosotros los mismos sentimientos que Cristo Jesús, que*

siendo Dios, se anonadó a sí mismo tomando naturaleza de siervo, se hizo semejante a los hombres» (Fil. 2,5-7). Jesucristo por quien fueron hechas todas las cosas del mundo y pudo nacer en un palacio, nos dio un ejemplo admirable de amor a la pobreza, y así vemos en el Evangelio que nadie nació tan pobre como el Niño Redentor. El Señor viene al mundo en un establo ajeno, sin otra ayuda y otros servicios que los de su Santísima Madre, y cuanto ofrece la tierra al Niño Divino es un pesebre.

Jesucristo nace pobre, vive pobre y muere pobre. Él lo quiso así... Como si hubiera querido decirnos: Quiero daros ejemplo, para que de hoy en adelante no temáis la pobreza. La pobreza no os hace pobres y la riqueza no os enriquece. ¡Quiero haceros ricos mediante mi *amor*! No debemos tener apego a las cosas de este mundo, porque aquí lo hemos de dejar todo a la hora de la muerte. Estamos destinados al cielo, el cual hemos de comprar con el desprendimiento. *«Teniendo lo necesario para comer y vestir, con esto estamos contentos»* (1 Tim. 6,8).

Textos bíblicos: *«Entonces se le llegó un escriba y le dijo: Maestro, te seguiré adonde quiera que vayas. Jesús le dijo: Las zorras tienen cuevas y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar la cabeza»* (Mt. 8,19-20). *«Conocéis bien la liberalidad de nuestro Señor Jesucristo, el cual siendo rico, se hizo pobre por vosotros a fin de que vosotros os enriquezcáis con su pobreza»* (2 Cor. 8,9). *«Bienaven-*

turados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos» (Mt. 5,3). «Si quieres ser perfecto, anda, vende después cuanto tienes y dáselo a los pobres y tendrás un tesoro en el cielo, ven después y sígueme» (Mt. 19,21). «No temas, hijo; somos pobres, pero rico serás si temes a Dios y te apartas de todo pecado y haces lo que le es grato» (Tob. 4,21).

Jesucristo dijo: *«Bienaventurados los pobres en el espíritu»*, y ¿quiénes son los pobres? Pobres son los que carecen de los bienes necesarios para la vida y una relativa comodidad del cuerpo. «Una mujer descalza que llama a nuestra puerta, un hombre macilento, sin fuerzas para trabajar, enfermo de pura debilidad, que nos pide pan, unos niños abandonados, que no tienen hogar. Estos son los pobres». Pobres en el espíritu son los humildes, porque no tienen el espíritu hinchado: les falta la opulencia del vanidoso, del soberbio, del que cree poder dominarlo todo. También son pobres los que, siendo ricos, no viven apegados a las riquezas, y saben hacer con ellas limosnas e ir las repartiendo según las necesidades que viere...

1

Ejemplos referentes a la pobreza

Cuando el Papa Gregorio IX visitó a Santa Clara en su Convento de Asís y vio la extrema pobreza que allí se practicaba, se ofreció a mitigar el rigor del voto, mas la santa le contestó: «Padre Santo, no de-

seo ser dispensada en toda la eternidad de la imitación perfecta de Cristo».

2

El testamento de San Pio X es corto: «Nací pobre, he vivido en pobreza y quiero morir en pobreza. Suplico a la Santa Sede que pague mensualmente 300 liras a mis hermanas. No quiero que se me embalsame».

3

Seis meses antes de su muerte *Francisco de Asís*, rogó a su capellán, fray Benito de Proto, que trajera pergamino, plumas y tinta, y como no tenía bienes materiales que dejar a sus hermanos de la Orden, le dijo: «Escribe que bendigo a todos los hermanos míos que están ahora en la Orden o que ingresen en ella hasta el fin de los tiempos. Y como señal de que han recibido mi bendición, y para memoria mía, déjoles este testamento, diciéndoles que siempre han de amarse recíprocamente como yo los he amado y los amo; que sin cesar honren y amen a nuestra patrona, Dama Pobreza, y que constantemente se mantengan fieles y obedientes a los clérigos y prelados de nuestra santa Madre Iglesia».

4

Micer Jacobo Benedetti, notario, se casó en 1277 con Juana de los Condes de *Coldimezzo*. Un día en una fiesta, se hundió un palco y Juana fue

la única, entre las muchas personas que allí estaban, que quedó gravemente herida. Al levantarla el marido, se percató por primera vez de un cilicio que llevaba sobre la carne; la mujer murió, y Micer Jacobo murió para el mundo. De sabio se convirtió en loco; de rico, en pobre; de doctor en ignorante; de noble en andrajoso; de redactor de contratos, en poeta de la pobreza... Se convirtió en *Fray Jacopone de Tedi*.

5

En ocasión de hallarse Licurgo, rey y legislador de Esparta, ausente de su país, consultáronle los lacedemonios sobre los medios más eficaces para rechazar a sus enemigos: «Seréis invencibles, les escribió Licurgo, si os mantenéis pobres y unidos».

6

En el año 1721, San Pablo de la Cruz, de paso para Roma, recibió un pan de regalo, fue a una fuente a comérselo tranquilamente. Mas apenas había tomado algunos sorbos de agua, se le acercó un pobre que le extendió la mano suplicándole una caridad. Pablo, que estaba más necesitado que él, sin atender a su necesidad, dijo:

Hermano, hagamos a medias. Partió en dos el pan y ofreció una parte al pobrecito, quien feliz, se alejó bendiciéndole.

Al lavar y besar los pies a un pobre enfermo, *Juan de Dios* vio en cada uno de los enfermos las adorables cicatrices de las llagas de Jesucristo, y oyo como el Señor le decía: «*Cuanto haces a los pobres a mí me lo haces*».

El prefecto de la ciudad durante la persecución valeriana, el año 257, exigió de *Lorenzo* que entregase los tesoros de la Iglesia. El diácono señaló un día y condujo al prefecto al atrio de su iglesia; allí estaban reunidos los pobres de la comunidad. Mostrándolos dijo: «Mira, estos son los tesoros de la comunidad cristiana».

Un día llegó San Francisco con Fray Maseo a un pueblo y tenían mucha hambre. Para poder saciarla, mendigaron por el camino un poco de pan, se reunieron junto a una fuente a las afueras del pueblo y pusieron todo lo que habían recogido sobre una ancha piedra. San Francisco exclamó de repente:

— ¡Oh, fray Maseo, no somos dignos de gran tesoro!

Y así repetía una y otra vez. Fray Maseo movió extrañado la cabeza en señal de disconformidad, y dijo: Padre, ¿cómo puedes hablar de un tesoro si nos faltan las cosas más necesarias? No tenemos mantel, ni cuchillo, ni tajo, ni platos. Entonces, dijo, lleno de

júbilo, el santo:

— Lo que yo estimo un tesoro es que no tenemos aquí cosas hechas por mano de hombres, sino lo que nos ha preparado la divina Providencia. Desde toda la eternidad sabía Dios que íbamos a llegar aquí cansados y hambrientos, y por eso hizo crecer este árbol para que nos refrescase con su sombra. Y él mismo nos preparó como mesa esta hermosa piedra ancha, y para que pudiéramos apagar nuestra sed hizo brotar este fresco manantial. ¡Oh Fray Maseo, que bueno es nuestro Dios!

Y lágrimas de emoción brotaban de sus ojos, los cuales iban a empapar el duro pan, que saboreaba agradecido.

San Francisco de Asís es uno de los santos más grandes amantes de la pobreza.

10

Juan de Dios hubo de ir de madrugada a buscar agua para abastecer en Granada el hospital que había hecho para los pobres. Al volver encontró las camas hechas, la casa barrida, la vajilla limpia, cortado el pan, todo en el mejor orden. Quedó maravillado sobre todo al oír el relato de los pobres que le dijeron que le vieron a él mismo hacer todos aquellos menesteres. Juan de Dios exclamó: «Bendito sea Dios, hermanos míos; porque en verdad Él ama mucho a sus pobres, pues envía a sus mismos ángeles para servirles».

El mismo Juan de Dios hacia las nueve de la noche salía y pasaba por las calles y plazas de Granada, pidiendo para sus pobres y diciendo en alta voz: «Hermanos, haced bien a vosotros mismos», y es que lo que se hace en bien de los pobres redundará en beneficio propio.

¿Qué nos dice Jesucristo de la limosna?

Jesucristo nos dice de qué modo hemos de hacer la limosna, y en la Santa Biblia se nos habla con frecuencia de su valor. ¿Y qué entendemos por limosna? *Los Santos Padres* de la Iglesia encarecen con tanto ardor la limosna, subyugados por el motivo de caridad que la inspira y apóstoles del desasimiento que la acompaña, tan enamorados están de ella y tanto quieren verla practicada, que con frecuencia hablan de limosna *espiritual*, y dan el nombre de limosna a la oración que se haga por el prójimo.

Para muchos de los Santos Padres es limosna toda ayuda que se presta a otro por motivo de caridad, sea solicitada o no tal ayuda, sea material o espiritual, préstese dando algún bien o sólo pidiendo como en la oración.

Santo Tomás dedica toda una cuestión de la Suma Teológica a la limosna y siempre la identifica con las obras de misericordia. La limosna es, pues, una de las obras de misericordia.

Textos bíblicos: *Cuando hagas limosnas, dice Jesucristo, no toques la trompeta delante de ti, como los*

hipócritas hacen en las sinagogas y en las esquinas para que los hombres los alaben. En verdad os digo que ya recibieron su paga. Cuando tu hagas limosna no sepa tu mano izquierda qué hace tu derecha, de modo que quede tu limosna en secreto, y tu Padre, que ve en lo secreto, te lo pagará» (Mt. 6,2-4).

Según tus facultades haz limosna, y no se vayan los ojos tras lo que des. No apartas el rostro de ningún pobre, y Dios no los apartará de ti. Si abundares en bienes, haz de ellos limosna; y si estos fueren escasos, según esa tu escasez no temas hacerla... (Tob. 4,7-8). Da de tu pan al hambriento y de tus vestidos al desnudo. Todo cuanto te sobrare dalo en limosna... (Tob. 4,16). Mejor es dar limosna que acumular tesoro, pues la limosna libra de la muerte y limpia de todo pecado (Tob. 12,8-9).

El que da al pobre no conocerá pobreza...; el que da al pobre, presta al Señor, y el Señor centuplicará sus bienes (Prov. 28,27).

Los Santos Padres hablan claramente del tema de la limosna. He aquí algunas de sus sentencias:

– San Agustín: «Lo superfluo del rico pertenece al pobre; el que lo guarda, guarda lo que no es suyo» (In Ps.147).

– ¿Creeis que Dios es injusto por haber repartido con desigualdad en el mundo lo necesario para la vida, y por qué el uno es rico y el otro pobre? Sabed que Dios lo arregló así para que el uno pudiese recibir la recompensa de su liberalidad y fiel adminis-

tración, y el otro fuese coronado en premio de su paciencia (San Basilio in ditiesc. sent. 15).

— Leemos en la Escritura: No digas al pobre que te pide limosna, mañana te daré. Si Dios no pude sufrir que digáis al pobre, mañana te daré, ¿cómo sufrirá que le digáis, no quiero darle? Propiamente hablando, no dáis al necesitado lo que es vuestro, sino lo que es suyo. Los bienes que estáis usurpando para vosotros solos, los ha dado Dios para el uso común de los hombres (S. Ambrosio, de Nab., c. 12, sent. 34).

1

Ejemplos referentes a la limosna

Cuando Isabel de Hungría daba limosna a los pobres, decía a todos:

— Dad también vosotros limosnas. —¿Y cómo, si no tenemos dinero?

— No está a nuestro alcance poder abrir siempre la bolsa, pero sí no cerrar nunca nuestro corazón. Aun cuando no tengamos dinero, tenemos corazón para compadecer a los necesitados, ojos para verlos, pies para visitarlos, boca para animarlos y consolarlos...

2

Enrique IV, yendo un día de caza, sintió una sed abrasadora y, perdido en un tupido bosque, vino a llamar a la puerta de una cabaña y pidió algo que apagar su sed. El aldeano, sin conocerle, cogió el único melocotón que pendía del árbol para dárselo.

Algún tiempo después volvió el rey a la cabaña con sus vestidos reales y colmó de larguezas al que había sido tan generoso con él.

Así es Dios: no se deja vencer en generosidad y paga con creces todo el dinero que se emplea en servirle a Él.

3

Fue un día el condestable de Chatillón a oír Misa, y, cuando más abstraído estaba en sus oraciones, un pobre se acercó a pedirle limosna. El condestable sacó unas monedas de oro sin contarlas y las dio al pobre... Éste sorprendido de tan generosa dádiva, creyó que no podía conservar en su poder aquella cantidad. Y, al ver salir al señor, le dijo:

— Señor, aquí tiene usted lo que me ha dado, sin duda se ha equivocado.

El condestable, conmovido por la sinceridad del pobre, le replicó: Es cierto que me he equivocado; pero, pues, que has tenido la rectitud de devolvérmelo, yo tendré la generosidad de obsequiártelo.

4

San Juan, el Limosnero, era tan compasivo, que sentía y lloraba más las miserias ajenas que las propias. De aquí nacía aquella largueza de su caridad, que llenó el mundo. No se contentaba con dar lo suyo, sino que buscaba amigos y hombres piadosos que le ayudaran. Nadie llegó a él que no recibiese limosna

y consuelo, y no supo necesidad que no aliviase. Se ponía muchas veces a la puerta de su iglesia esperando a quien viniera a exponerle sus necesidades.

Un día no vino nadie a pedirle limosna, por lo que se marchó triste y lloroso. Viéndole tan afligido, un amigo suyo le preguntó qué le pasaba. El santo contestó: «Hoy el miserable Juan no ha recibido merced de nadie».

¡Qué admirablemente entendía este santo la caridad! La limosna no es un don que hacemos a los pobres, es un don que los pobres nos hacen a nosotros para que con ella podamos redimir nuestros pecados.

5

Son palabras de un político conocido:

«Recuerdo que alguien me rogó que fuese más cristiano y que invocase más a Dios en mis discursos y en mi actividad pública. Quiero dejar en estos apuntes la respuesta que le dí, porque me he propuesto ser sincero en todo:

«Es cierto lo que usted dice: Yo no invoco a Dios muy frecuentemente. La verdad es que no quiero complicar a Dios en los posibles errores de mis opiniones y de mi actividad personal. Pero quiero a Cristo mucho más de lo que usted cree; yo le quiero en los desaventurados. ¿Acaso no dijo Él que estaría en los pobres, en los enfermos, en los que tuvieran hambre...?

Creo firmemente que el primer mandamiento es el de amor. El mismo Cristo dijo que nadie ama más

que el que da la vida por sus amigos. Si alguna vez molesto a Dios es para eso; para que me ayude a dar la vida por mis obreros...».

Todos debemos tener presente que Dios en este mundo, padece frío y hambre en la persona de todos los pobres, como dijo Él mismo: «*Cada vez que lo hicisteis con uno de estos mis humildes hermanos, conmigo lo hicisteis*».

6

En Inglaterra se acogió con gran caridad el pueblo francés desterrado por la revolución. Un lord inglés encontró a un sacerdote cuyo porte anunciaba una honrosa pobreza. El inglés de propósito, tomó la delantera y, con disimulo, dejó caer de su bolsillo cien guineas. El eclesiástico las recogió y se apresuró a devolvérselas.

— No, monseñor, dijo el lord; quedaos con ellas, no han caído de mi bolsillo, ¡han caído de más alto!

Haced así la caridad, con esta delicadeza, sin la cual no se concibe el amor.

7

¿Creeis que es caridad tropezar con un pobre que os importuna, meter con indiferencia la mano en el bolsillo y darle, para que os deje en paz, una moneda? ¿Creeis que el pobre no tiene corazón como vosotros? Una sonrisa, un apretón de manos, una palabra cariñosa: eso vale a veces más que todas las mo-

nedas del mundo. Oid un hecho rigurosamente histórico:

Tendido en una esquina, un mendigo paralítico imploraba una limosna a los transeuntes mostrando su miseria. Pasó por allí un caballero y le vio. En seguida metió la mano en el bolsillo y se encontró con que no llevaba encima ni una sola moneda. Entonces con voz amable dijo:

— Hermano mío, quisiera darle algo, pero, por mi mala suerte, no llevo un céntimo. Se llenaron de lágrimas los ojos del mendigo, que contestó:

— Gracias, señor; me ha dado usted con sus palabras más que una limosna. ¡Hace tanto tiempo que en mi desgraciada vida nadie me ha llamado hermano!

8

Respondió un día el obispo de Segovia, don Pedro de Castro, a cierto corregidor que le suplicaba minorase sus limosnas, porque andaba la ciudad, con su mucha largueza, llena de holgazanes:

— Señor corregidor: a vuestra merced toca la parte de justicia y a mi la de misericordia.

9

Un pobre hombre muy mal vestido pidió limosna a una piadosa dama, la cual dijo a una de sus criadas: Dale una camisa.

La criada le dio una de las más bastas y rotas.

— Dale otra mejor, dijo la dama, ¡qué confusión

sentiría el día del juicio si Jesucristo mostrase a todo el mundo una prenda tan vieja y rota!

10

De Franklin se cuenta que, como un señor fuera a pedirle cierto día 25 dólares, él se los dio con esta condición: que cuando ya no los necesitase, buscara a otro necesitado y bueno y se los diera con la misma condición de seguir prestándolos a otro.

11

He aquí un pensamiento de los Padres de la Iglesia: «La limosna posee en cierta manera la virtud del bautismo; porque así como el agua apaga el fuego, de un modo análogo la limosna extingue el pecado» (S. León M.s. 20,3).

Si tenéis muchos hijos a quienes asistir, cuenta uno más, dando también alguna cosa a Jesucristo (S. Agustín, Ps. 103, sent. 147).

Humildad de Jesucristo

«Cristo, dice San Agustín, nos enseñó la humildad, por aquello de que un Dios es hombre. Esta humildad desagrada a los paganos; por esto nos insultan diciendo: ¿Qué Dios adoráis?, ¿un Dios que ha nacido? ¿Qué Dios adoráis?, ¿un Dios que fue crucificado? La humildad de Cristo desagrada a los orgullosos. Mas si te gusta a ti, oh cristiano, imítala» (In Ps. 93,15).

Jesucristo baja por humildad al seno de una virgen;

nace en un establo, lleva una vida penosa, humilde y oculta durante treinta años, y muere en un infame patíbulo en medio de ladrones y tratado como un malvado... ¡Cuántas sublimes lecciones de profundísima humildad nos ha dado Jesucristo desde su encarnación hasta que expiró en la cruz!... Toda su vida fue humilde...

Textos bíblicos: «Jesucristo, siendo Dios, se anonadó a si mismo tomando la naturaleza de siervo, hecho semejante a los demás hombres, y reducido a la condición de hombre. Se humilló así mismo, haciéndose obediente hasta la muerte y muerte de cruz» (Fil. 2,6-8). «He aquí que viene a ti tu Rey, justo y victorioso, humilde, montado en un asno...» (Zac. 9,9). «Le vimos despreciado y el desecho de los hombres, varón de dolores y que sabe lo que es padecer...» (Is. 53,2-3). «Yo no busco mi gloria... Si yo me glorificare a mi mismo, mi gloria nada sería; mi Padre es quien me glorifica, del cual decís: Es nuestro Dios» (Jn. 8,54). «El que se ensalza será humillado, y el que se humilla será ensalzado» (Lc. 14,11).

Los verdaderos humildes han de seguir a Cristo pobre, humilde y cargado con la cruz para merecer luego ser compañeros de gloria (LG. 41). Y ¿qué es humildad? El filósofo Balmes dijo: «Humildad es el conocimiento claro de lo que somos sin añadir ni quitar nada». Y San Agustín dijo: «Toda tu humildad consiste en que te conozcas a ti mismo», y según Santa Teresa: La humildad es «andar en la verdad». Y la verdad es que no tenemos nada bueno de

nuestra parte, somos hechura de Dios. Yo no me puedo comparar con otros, porque todos somos átomos de la nada: *«Todas las naciones de la tierra son como una gota de agua... como un polvillo en la balanza...»* (Is. 40,25-28). Y si esto es el mundo delante de Dios, ¿qué seré yo?

No hay humildad sin mansedumbre y olvido de sí. La humildad es la virtud de las almas grandes. Si tuviéramos un solo átomo de humildad, soportaríamos gozosos las contrariedades, los olvidos y cualquier otra falta. ¿Acaso no tienen los demás que soportar las nuestras? «El que bien se conoce tiénese por vil y no se deleita en alabanzas ajenas» (Kempis).

1

Ejemplos referentes a la humildad

Una señora devota se quejó un día al Padre Libermann (m. 1852) de una humillación que hubo de sufrir injustamente.

El Padre le contestó con suavidad: «Nuestro Señor hubo de humillarse mucho más esta mañana en la sagrada Comunión al entrar en el corazón de usted».

2

Casimiro, el joven príncipe polaco (m. 1484), al ser reprochado por demasiado bueno y suave para con los pobres y por darles cuantiosas limosnas dijo: Estoy muy lejos de ser un Rey como Jesucristo, el Rey del cielo y de la tierra, quien, a pesar de todo,

bajó de las alturas del cielo y trató con amor al más grande de los pecadores. Por tanto no puede ser motivo de vergüenza para mí el servir a los pobres y mostrarme afable con ellos».

3

En la primera página de su cuaderno de notas íntimas que data de 1887, después de haber escrito el texto de San Juan: «*Padre, glorificad a vuestro Hijo*», Dom Columba Marmión copia las letanías de la humildad. «Rogad por mí, decía a menudo; tengo miedo de ser uno de esos postes que señalan el camino a los demás, sin que me mueva yo del sitio».

4

Isabel de Hungría, se quitó en la iglesia, ante la cruz del Señor, el aro de oro que ceñía sus sienes, y que era el adorno propio de su rango de reina. Por ello la reprendió su suegra, mas ella le respondió:

«Cristo, nuestro Señor, fue coronado con corona de espinas. ¿Cómo, pues, he de arrodillarme yo ante su imagen con corona de oro? No sería digno».

5

Poco después de su conversión, la famosa artista Eva Lavallière escribió: «¿Quién soy yo? Un gusano. ¿Cómo me llamo? ¡Eso! Eso es lo que habéis ido a buscar, oh Jesús mío! ¡Por eso habéis, muerto! ¡Misterio de amor! ¡Cómo quisiera amaros oh Dios mío!».

Y a continuación redactó una carta de amor y reconocimiento a Jesús, que termina con estas palabras: «¡Oh Jesús, todo mi ser clama por vuestro amor como el hambriento por un trozo de pan! ¡Oh mi amor, permitidme que bese el rostro de vuestras divinas plantas con los labios de mi corazón!» Y firma: ...¡Eso!

Uno ha escrito: «La noción del mal y su remedio es la mejor medida para medir la profundidad de una doctrina religiosa».

6

Jorge Washington, hijo preclaro de Estados Unidos, siendo joven oficial, tuvo un fuerte altercado con un compañero suyo; él fue quien empezó la riña, mas el otro le dio un golpe tan fuerte, que Washington cayó desplomado en el suelo.

Pero Washington, al día siguiente, fue al compañero y le dijo: «Errar es cosa humana. Yo fui ayer injusto contigo. Pero tu recibiste ya satisfacción. Si lo juzgas suficiente y te parece bien, seamos de nuevo amigos. Aquí tienes mi mano...» y permanecieron amigos hasta la muerte.

7

En la carpeta de trabajo del ex-ministro de la Guerra de la Argentina, general Manuel A. Rodríguez, cuya muerte ocurrió el 23 de febrero de 1936, se hallaron estas máximas, escritas por su mano. Cada una de ellas encierra una norma de humildad y de fe. Dicen:

Silenciosamente, realizar buenas obras.
Silenciosamente, amar a Dios y a los hombres.
Silenciosamente, cumplir con su deber.
Silenciosamente, aceptar la voluntad de Dios.
Silenciosamente, alegrarse con los demás.
Silenciosamente, callar los defectos ajenos.
Silenciosamente, desear y aspirar en silencio.
Silenciosamente, abrazar la cruz de Jesús.
Silenciosamente, sacrificarse y renunciar.
Silenciosamente, mirar hacia la patria celestial.
Silenciosamente alcanzar la virtud, y hasta la muerte.

8

Cierto día Turena, renombrado general francés, arrodillado entre la muchedumbre de fieles, se preparaba para comulgar:

Levantóse y avanzó con los ojos bajos hacia el altar. Uno de sus domésticos, sin percatarse de ello, caminaba delante de él. Advertido el pobre hombre, acercóse a su dueño diciéndole por lo bajo:

— Pasad. Turena miró y reconoció a su palafrenero, al que respondió sonriendo: — Amigo mio, no hay más que un Señor, al que vamos a recibir. Ve delante de mi.

¡Cuanta fe suponen estas palabras! Porque muchos ni en la iglesia deponen sus humos, y olvidan al Rey de reyes y Señor de los señores.

9

En América, una brigada de hombres, bajo las ór-

denes de un cabo, trabaja vigorosamente en descargar un vagón de madera. Eran pocos hombres para aquel trabajo, y cuando, después de un rato de contemplarles, un transeunte dirigió unas palabras al cabo, éste refunfuñó de que mandar hacer a seis hombres un trabajo que requería diez.

—¿Por qué, pues, no arrima usted también el hombro?, preguntó el forastero. —¿Yo? dijo el otro indignado; yo soy el cabo.

El forastero no dijo nada, pero se quitó la americana y se puso a trabajar para llevar a término la descarga. Cuando estuvo terminada, se puso de nuevo la americana y prosiguió su camino.

Más tarde el cabo se enteró de que el ayudante voluntario no había sido otro que Washington, presidente de Estados Unidos.

Así es como los verdaderamente grandes siguen el ejemplo de nuestro Señor y realizan trabajos que los pequeños hombres conceptúan inferiores a su dignidad.

10

Mientras San Canuto, rey de Dinamarca, se paseaba en cierta ocasión por las orillas del mar, uno de sus cortesanos le dijo, adulándole, que él era el señor más poderoso, el soberano de los hombres, del mar y de la tierra.

El humilde rey se puso entonces a la orilla del agua y dijo: «¡Ola!, te ordeno que no toques mis pies!». Pero la ola le tocó los pies. «¿Cómo podéis

llamarme el rey más poderoso, cuando ni una pequeña ola me obedece? Dios es el rey más poderoso, el Rey de cielos y tierra. Adorémosle a Él.

11

Una monja creía ser de las más humildes del convento, pero todas las semanas recibía este consejo del confesor: «Hermana, sea usted más humilde».

La monja se sentía herida en su orgullo, y decidió pedir al confesor que probara su humildad. El confesor aceptó, y durante la conversación preguntó el nombre de la hermana que le cosía los calcetines.

— Yo misma, padre, respondió la hermana.

— Pues están muy mal cosidos, replicó el confesor. Entonces la hermana comenzó a exclamarse, diciendo que ella sabía lo que se hacía, que los hombres no entendían de costura y que nunca nadie se había quejado de sus trabajos. Entonces el confesor recordó la apuesta y preguntó a la hermana:

— ¿No decía usted que era la más humilde de la comunidad?

Obediencia de Jesucristo

El Concilio Vaticano II en el Decreto de «Perfectae caritatis» (14) dice: «Por la profesión de la obediencia, los religiosos ofrecen a Dios como sacrificio de sí mismos, la plena entrega de su voluntad, teniendo presente el ejemplo de Cristo que vino a cumplir la voluntad de su Padre, se someten con fe a sus supe-

riores, que hacen las veces de Dios».

Jesucristo nos dio ejemplo de una obediencia humillante, dolorosa y redentora; pues vino a hacer la voluntad del Padre y tomó forma de siervo, siendo obediente hasta la muerte y muerte de cruz.

La obediencia de Jesús fue una obediencia heroica y perseverante hasta la muerte, pues aceptó la muerte por ser redentora de los hombres a los que había venido a salvar, y porque tal era el designio de Dios: «Así como por la desobediencia del primer Adán, entró la muerte en el mundo, así por la obediencia del segundo Adán, «hasta la muerte», tenía que volver nuevamente la vida, la vida divina de la gracia. Jesús con su obediencia al Padre quiso expiar la desobediencia del mundo.

Textos bíblicos: Jesucristo, dice el Evangelio, «fue sujeto a sus padres», es decir, fue obediente a José y a María (Lc. 2,51), y dijo: «Yo he bajado del cielo no para hacer mi voluntad, sino la voluntad del que me ha enviado» (Jn. 6,38). Este es el mandamiento que recibí de mi Padre (Jn. 10,18). «La obediencia vale más que los sacrificios» (1 Sam. 15,22). «Hijos obedeced a vuestros padres con la mira puesta en el Señor, porque es ésta una cosa justa» (Ef. 6,1). «Siervos obedeced a vuestros amos temporales con temor y respeto... Mujeres estar sujetas a vuestros maridos como conviene en el Señor» (Col. 3,18-19). «Resistir a la autoridad es resistir a la voluntad de Dios...»

Obediencia es una virtud por la que nos sometemos a lo que mandan los que nos gobiernan. «¿Qué hizo Jesucristo en medio de nosotros, dice el santo Venerable Beda, sino obedecer para manifestarnos la necesidad de la obediencia?» (Collectan.). «Los mejores superiores y súbditos son los que mandan y obedecen por amor». «Superior que no sabe sufrir, no sabe mandar» (Gar-Mar).

Los inferiores deben ver en sus superiores a Jesucristo... Sea Dios, o el hombre representante de Dios, el que nos comunica una orden cualquiera, hemos de obedecer con igual cuidado y respeto. En todo lo que no se opone visiblemente a Dios, debemos dar oído como a Dios mismo a aquel que para nosotros ocupe el lugar de Dios» (S. Bernardo Serm. in Fest. omn. Sanct.)

La obediencia para que sea perfecta, ha de ser sobrenatural, es decir, ver en el superior a Dios a quien representa, pues resistir a su autoridad es resistir a Dios (Rom. 13,1-2).

Causas de la desobediencia: suelen ser la soberbia, el excesivo amor propio, el creerse suficiente o más superior que el mismo superior, esto es, la poca humildad que tenemos.

1

Ejemplos referentes a la obediencia

Al santo Abad *Arsenio* le fue revelado que en más estimó Cristo morir en la cruz por obediencia, que

cuantas buenas obras había hecho en su vida.

2

San Gregorio, antes de ser Papa, estando con Hugón (su Superior), vio que todo lo que le había de mandar se lo decía primero Cristo al oído; y dijo Gregorio: «Verdaderamente quien obedece a los Superiores, obedece a Cristo, y quien menosprecia la obediencia, a Cristo menosprecia».

3

Hacía largos años que el Beato *Sebastián Valfré* del Oratorio de Turín experimentaba un deseo creciente de ir a Roma para fines piadosos, cuando se ofreció una ocasión oportuna para el viaje. Pidió licencia al Superior, que no sólo se la concedió, más aún, le instó a ponerla luego en ejecución haciéndole varios encargos para la Ciudad eterna.

Despedido de los Padres, se dirigió al río en compañía del P. Genesio Carriatore, y he aquí que en el mismo momento en que iba a salir la embarcación, le entrega éste un billete del P. Prepósito para leerlo en aquella hora y decía así: «P. Valfré, leídas estas pocas líneas vuélvase a la Congregación no pensando más en el viaje a Roma».

Leído el billete, el P. Sebastián tomó la ropa, y saliendo inmediatamente del barco dijo al compañero: «Vamos a casa que el viaje a Roma está ya concluido prósperamente».

Un día de Semana Santa se encontraba *San Pablo de la Cruz* en su iglesia parroquial de Castellazzo asistiendo a los divinos oficios.

Estaba absorto en profunda oración cuando, al oír cantar las palabras del apóstol: «*Cristo se hizo por nosotros obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*», se sintió inundado de tan intensos sentimientos de asombro y amor, que, como fuera de sí, se puso a repetir: «*Jesús obediente hasta la muerte, y muerte de cruz*»; «¿y por qué no he de ser yo también obediente?»

Y transportado por un divino fervor, hizo al momento voto de obediencia por amor a Dios a sus superiores, a los mayores y a cualquier otro, siempre que no se le mandase nada contra la ley del Señor; voto que guardó con admirable fidelidad hasta la muerte.

Arago, el astrónomo de fama mundial, dio una conferencia en el Collège de France acerca de las leyes de astronomía.

«La semana próxima, dijo, habrá un eclipse solar. La luna entra en conjunción con el sol e impide que llegue a la tierra la luz solar. Por lo tanto, tal día, a tal hora, a tal minuto, a tal segundo, tres grandes cuerpos siderales obedecerán no a nuestros propósitos, sino al mandato de Dios. Los hombres son los únicos que no le obedecen.

No se puede leer sin lágrimas la gravísima pena que sintió el P. Cesar *Baronio* cuando fue nombrado por el mismo Clemente VIII Pro-notario Apostólico, y mucho más cuando poco después fue electo Cardenal. Quiso intentar su fuga de Roma; pero le fue disuadida por los Padres como cosa inútil y difícil de emprender en su edad. Recurrió a Dios con oraciones; hizo voto de visitar descalzo las siete iglesias, si el Señor le libraba de aquel peligro; y postrándose después a los pies del Papa, además de los ruegos, de las lágrimas y argumentos, le protestó delante de Dios todos los daños que iban a seguirse a la Santa Iglesia por su promoción; porque los herejes, según decía, tomarían ocasión de desacreditar los Anales eclesiásticos compuestos por él, y calumniarnos diciendo que el Autor, no por celo de la verdad, sino por obtener la sagrada púrpura había escrito en favor de la Iglesia Romana.

Puso en consideración de Su Santidad que si era hecho Cardenal, por las ocupaciones anexas a tal dignidad no podría proseguir la Historia Eclesiástica que tanto deseaba el mismo Papa. Mas éste con severo aspecto, le respondió brevemente que lo había reflexionado todo con madurez, y añadió: «Os mandamos con autoridad Apostólica que obedezcáis y calléis, bajo pena de excomunión si no lo hacéis así». Con lo que fue ya preciso obedecer.

Cuando fue condenado el libro de *Fenelón*, éste no alegó ignorancia. El mismo día de la Anunciación, en el que se enteró por su hermano de la condenación de su libro, subió al púlpito y predicó acerca de la sumisión que se debe a la Iglesia y a las órdenes de los superiores.

«En cuanto a mí, escribiré catorce años después al Papa Clemente XI (el antiguo Cardenal Albani), tan pronto como supe que mi libro había sido condenado en Roma, me apresuré a adherirme absolutamente a este decreto; me anticipé a todos los obispos de Francia y a mis mismos adversarios en la condenación de mi obra. La forma (del breve) mal adaptada a las costumbres del parlamento no me ha impedido repudiar mi libro espontáneamente y obedecer al Vicario de Cristo. No quise hacer distinción entre el hecho y el derecho sino que poniendo de lado toda excepción y toda distinción, mi voluntad fue condenar todo el contexto del libro, repitiendo las condenaciones del Padre Santo».

A un emisario de Dom Getberon, que se le ofreció como apologista de sus *Maximes*, Fénelon había respondido: «Preferiría morir antes que defender directa o indirectamente un libro que he condenado sin restricción desde el fondo de mi corazón por docilidad a la Santa Sede».

Bondad y amor de Jesucristo

Sorprende la bondad y el amor de Jesucristo al considerar todo lo que ha hecho y sufrido por nosotros... Como dice Santo Tomás, «Jesucristo es compañero nuestro naciendo; en la comida se entrega a sí mismo por alimento; muere para rescatarnos, y se da a sí mismo como recompensa en su gloria» (Hin. Offic. SS. Sacram.).

El motivo de nuestra existencia no es otro que el amor de Dios, pues Él es eternamente feliz, dichoso en sí mismo y no necesita de nada. Como dice San Juan «Dios es amor» (1 Jn. 4,8). «Nosotros existimos porque Dios es bueno y nos ama» (S. Agustín), y como dice San Ireneo: «Dios ha creado las cosas de este mundo, no porque tuviese necesidad de ellas, sino para verter sobre las mismas sus beneficios» (Adv. Haer, 4).

Jesucristo, en su vida mortal, en sus recorridos por Tierra Santa, el Israel de hoy, dio muestras de infinita bondad y amor a todos. Cuando sus apóstoles querían hacer caer el fuego del cielo sobre una ciudad que no había querido recibirle. Señor, le dijeron: *¿Queréis que mandemos que baje fuego del cielo y los abrase a todos?* Y volviéndose hacia ellos, les reprendió diciendo: *No sabéis de qué espíritu sois. El Hijo del hombre no ha venido para perder las almas, sino para salvarlas* (Lc. 9,54-56).

«*Venid a Mi*, dice aquel Dios de bondad, *venid a mi los que estáis agobiados bajo el peso del trabajo, y yo os aliviaré*» (Mt. 11,28).

Ved su bondad por la Samaritana, la mujer adúltera y Magdalena; ved a su bondad en la parábola del buen Pastor que lleva la oveja perdida sobre los hombros, del caritativo Samaritano, del Padre del hijo pródigo, etc.

Judas le hizo traición, dándole un beso; y sin embargo Jesucristo le llama con el dulce nombre de amigo. Perdonó a Pedro que le negó tres veces. Dio su gracia al buen Ladrón, que se la pedía. Sus enemigos gritaban desde el pie de la cruz: «*Que le crucifiquen*», y Él clamaba desde lo alto de la cruz: *Padre, perdónalos...* Murió de amor por nosotros, que éramos enemigos suyos... El amor de Jesucristo hacia los hombres es incomprensible, principalmente en la cruz y en el santo Sacramento del Altar...

Textos bíblicos: Nadie puede tener amor más grande que el que da la vida por sus amigos... Como mi Padre me amó, así Yo os he amado; permaneced en mi amor (Jn. 15,9 y 13). Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna (Jn. 3,16). Dios probó su amor hacia nosotros en que siendo pecadores murió Cristo por nosotros... siendo enemigos fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo (Rom. 5,8-10). Me amó y se entregó a la muerte por mí (Gál. 2,20). Habiendo Jesús amado a los suyos que estaban en el mundo, los amó hasta el extremo (instituyendo la Eucaristía) (Jn. 13,1).

Si Dios nos ama, nuestro deber es corresponder a su amor. Si Cristo murió por nosotros también nosotros hemos de morir al pecado y corresponder a su amor como Él quiere: *«Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y primer mandamiento»* (Mt. 22,37).

«Cuando Dios, movido por su infinito amor hacia el hombre, se hizo hombre, quiso sentir como el hombre y por ello, tomando un corazón de carne semejante al nuestro, lo hizo palpar al influjo de un amor infinito, constituyéndolo órgano de sus misericordias. Es el suyo un corazón de hombre abrasado por el amor de un Dios» (Torres y Bages).

Cada uno es lo que es su amor. ¿Amas la tierra? Eres tierra. ¿Amas a Dios? Serás Dios... Amando a Dios asciendes; amando al siglo, te hundes. Todo amor o sube o baja: Con el buen amor subimos a Dios, con el mal amor caemos en el despeñadero... El amor al mundo contamina; el amor al autor del mundo purifica el alma... Antes que existieras, Dios pensó en ti; pues si no pensara en ti no hubieras existido, y ahora que existes, no se olvida de ti (San Agustín Conf. y de Civit.).

El amor es fuerte como la muerte, porque el amor mata y hace desaparecer todos los pecados. Se muere para los vicios cuando se ama a Dios (San Ambrosio. In Ps. 118. Serm. 15).

Ejemplos referentes al amor de Jesucristo

M.M. Alacoque dice: Hallándome una vez en presencia del Santísimo Sacramento, un día de su octava recibí de mi Dios gracias extraordinarias de su amor, y me sentí movida por el deseo de corresponderle en alguna manera devolviéndole amor por amor, y Él me dijo: «Tu no me lo puedes devolver mayor que haciendo lo que tantas veces te he pedido». Entonces, descubriéndome su divino Corazón, me dijo: «He aquí este Corazón que tanto ha amado a los hombres, que no ha perdonado nada, llegando hasta agotarse y consumirse, para testimoniarles su amor, y en recompensa no recibo de la mayor parte de ellos sino ingratitudes... Pero lo más sensible para mi es que obren de este modo corazones que me están consagrados»...

Un viernes del Corazón de Jesús, a las seis de la tarde. Un joven empleado de correos va a la casa rectoral y suplica al párroco que le dé la sagrada Comunión. «¿Comunión? le pregunta el cura, ¿no sabe usted que no se puede comulgar sin estar en ayunas?» «Lo se». Ya es tarde, pero yo estoy todavía en ayunas» (Este caso fue en la antigua legislación eclesiástica).

Y el empleado cuenta el caso. Estuvo de servicio, viajando toda la noche y todo el día. Desde los ocho años de edad no había dejado de comulgar ni una sola vez el primer viernes de mes, y tampoco quería

faltar esta vez.

Con simpatía y emoción le pregunta el párroco: «¿No sintió usted la tentación de romper el ayuno, con el calor que hace?». «Si, hubo algunas horas bochornosas, pero para evitar un descuido, eché por la ventanilla del tren el agua de la botella». Después de comulgar dio las gracias unos diez minutos.

Luego hablando con el párroco, le dijo: Hoy día lo que necesitamos ante todo para resistir a la tentación y permanecer fieles al Señor, es la gracia de Dios. Y ahí está la duodécima promesa del Sagrado Corazón, la que tanto necesito viajando en el tren, es a saber, que estará conmigo en la hora de la muerte. Y también nuestra buena Madre nos ha inculcado que comulguemos el primer sábado de cada mes».

3

A un estudiante de quince años de edad empezó a dolerle una pierna. Llamaron al médico y éste, con gran espanto de los padres, descubrió las caries de los huesos. No queda otro remedio que amputar la pierna, dijo el médico.

— No, no, exclamó el enfermo, prefiero morir. Durante semanas y semanas le suplicaron, pero la respuesta es siempre la misma. «No y no».

Un día su padre se arrodilló ante su cama y le dijo: Hijo mío, te suplico, ya que no quieres hacerlo por tí, que lo hagas por amor a tu padre.

El joven miró un momento a su padre en profun-

do silencio, y después le tendió la mano: Sí, padre mío: por amor a ti. Que el doctor haga conmigo lo que quiera.

Joven amado, todas las veces que la caries, la carcoma del pecado roa tu alma, piensa en tu Padre celestial, en tu Salvador, que no se arrodilla a la vera de tu cama, sino que está pendiente de la cruz, en el Calvario, y te dice: Hijo mío, déjate curar, limpia tu alma de todo pecado, confíesate bien; sino por tí, hazlo por lo menos por amor a mí, que quiero tu salvación.

4

Un joven católico vivía lejos de sus familiares, en Londres, y empezó a descuidar mucho los deberes de su religión. Todas las mañanas, al ir al trabajo, pasaba por delante de una capilla protestante en cuyo exterior solía haber un letrero impreso. En una de las ocasiones el letrero decía así: «Si Dios te hubiese amado lo mismo que tu le amas a Él, ¿dónde estarías?».

El primer día lo leyó sin reflexionar mucho sobre la frase. El segundo día se dijo a sí mismo: «¡Caramba!, hubiera sido terrible». El tercer día tomó la resolución de cumplir con la Misa del domingo y la comunión mensual.

«Amemos, pues, a Dios, puesto que Él nos ha amado primero» (1 Jn. 4,19). *«Tanto amó Dios al mundo que le entregó su Hijo Unigénito para que todos seamos salvos por Él»* (Jn. 3,16-17). *«En Él tenemos la redención y la remisión de los pecados»* (Col. 1,13-14).

Conviene siempre orar

Esto es lo que nos dice Jesucristo, que es necesario siempre orar y no desfallecer, y orar es hablar con Dios, tratar íntimamente con Él, alabarle, suplicarle, pedirle perdón por nuestras culpas, pedirle bienes y darle gracias por los beneficios que de Él hemos recibido...

Jesús oró y nos enseñó a orar. El oró al entrar en el mundo (Heb. 10,5s), en el bautismo (Lc. 3,21), antes de la elección de los apóstoles (Mt. 11,25), al instituir la Eucaristía (Mt. 26,26), y oró en la soledad (Mc. 1,35; Lc. 5,16); en el monte durante la noche (Mt. 14,23), antes de los grandes milagros, en la resurrección de Lázaro, en el Huerto de los Olivos, en la cruz, y... Y el oraba no precisamente porque lo necesitaba, sino para enseñarnos a nosotros a orar en todas las circunstancias que nos halláramos y en todos los momentos difíciles...

Y nos enseñó a nosotros a orar, al enseñarnos el «Padre nuestro...» lo primero que nos enseñó es a llamar a Dios «nuestro Padre»... y a veces repetía para que lo tuviéramos siempre presente: *«Uno sólo es vuestro Padre, el cual está en los cielos»* (Mt. 23,9); *«Bien sabe vuestro Padre lo que necesitáis»* (Mt. 6,8), y a sus apóstoles les dijo: *«El mismo Padre os ama»* (Jn. 16,27).

Y San Juan conmovido nos dice: *«Mirad que tierno amor hacia nosotros ha tenido el Padre, queriendo que nos llamemos hijos de Dios, y lo seamos en efecto»* (1 Jn. 3,1)

Dios nos ama y está deseando que vivamos en comunicación con Él y le pidamos con fe cuanto necesitamos, pero debemos hacerlo con atención, con humildad, confianza y perseverancia.

Textos bíblicos: *Es preciso orar siempre y no desfallecer (Lc. 18,1). Pedid y recibiréis... (Jn. 16,24). Si pidieréis alguna cosa en mi nombre, Yo la haré (Jn. 14,14). Mucho vale la oración perseverante del justo (Sant. 5,16). Todo cuanto pidieréis en la oración, como tengáis fe, lo alcanzaréis (Mt. 21,22). En verdad os digo que si dos de vosotros convinieréis sobre la tierra en pedir cualquier cosa, os lo otorgará mi Padre, que está en el cielo. Porque donde están dos o tres congregados en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos (Mt. 18,19-20). Velad y orad para no caer en la tentación... (Mt. 26,41). Rogad al dueño de la mies para que envíe operarios a sus mies (Mt. 9,38). Perseverad en la oración... (Cil. 4,2). Orad sin intermisión (1 Tes. 5,17). Quiero que los hombres oren en todo lugar... (1 Tim. 2,8). Orad por vuestros enemigos... (Mt. 5).*

He aquí lo que algunos Santos Padres dicen de la oración: «La oración es dirigir la palabra de Dios. «Cuando lees (la Sagrada Escritura) Dios te habla; cuando oras hablas tu a Dios» (S. Agustín in Ps. 85).

– «Oras sin intermisión si tu oración no se reduce a meras palabras, sino que todo el método de tu vida es conforme a la divina voluntad, de tal modo que puede y

merezca tu vida llamarse una continua oración... El que se porta bien ora sin cesar; su vida es una continua oración (San Basilio Homil. in Martyr. Julitam. sent. 5).

— «El varón espiritual en todo lugar hará oración, pero sin dar a entender que ora: hace oración cuando camina, cuando descansa, cuando habla, cuando lee y en todo cuanto ejecuta con deliberada intención; cuando él no haga más que pensar en Dios en lo secreto de su corazón, y enviarle de él afectuosos suspiros, está bien cierto de que Dios está pronto para oírle, aun antes de concluir su oración» (S. Clemente, lib. 7, sent. 18).

— La oración es para el alma lo que el agua para el pez, lo que el sol para la naturaleza, lo que el aire para los pulmones... Puede ser que me digáis: ¿En qué consiste que pidiendo yo a Dios cosas espirituales no me las concede? Eso es porque no lo pides con fervor; es porque os habéis hecho indignos de recibirlas o porque habéis dejado de suplicar antes de tiempo (os faltan las condiciones de la oración: atención, humildad, confianza y perseverancia) (S. Crisóstomo. Homil. 24, sent. 51).

1

Ejemplos sobre la oración

Lo primero que hizo *Manning* en Londres, al tomar posesión del arzobispado de Westminster, fue fundar un convento de Carmelitas de Santa Teresa, con clausura y sin educandas. «Vivimos, decía, en

una época de lucha, predicamos, escribimos y peleamos, pero no oramos u oramos poco. Para eso necesitamos a las carmelitas que tengan siempre las manos levantadas al cielo como Moisés en el monte».

2

De Santa Teresa de Jesús son estas palabras: «Decíame poco ha un gran letrado, que son las almas que no tienen oración como un cuerpo con perlesía o tullido, que aunque tiene pies y manos no las puede mandar que así son: que hay almas tan enfermas y mostradas a estarse en cosas exteriores, que no hay remedio ni parece que puedan entrar dentro de sí... Y con ser de natural tan rico y poder tener su conversación no menos que con Dios, no hay remedio» (Moradas primeras, 1,6).

3

Haydn, gran compositor y católico práctico, recapituló de la siguiente manera su programa de vida antes de morir: En mi vida hice lo mismo que en mis composiciones. Empezaba con Dios y terminaba con un ¡Alabado sea Dios!. El pensamiento de Dios es el hilo de oro que atravesó toda mi vida. Ahora quiero terminarla con un «¡alabado sea Dios!».

Un día este gran músico le preguntó un compañero cuál era el secreto para poder seguir trabajando a su edad avanzada, después de una vida tan laboriosa como había tenido. Y él le contestó: En mi casa ten-

go un pequeño oratorio, y, cuando me siento abatido, acudo allí, me postro ante el crucifijo y rezo, y siempre, después de la oración, me siento ágil para volver al trabajo.

Nota: En otro de mis libros, titulado «Ejemplos sobre la oración» pueden verse otros muchos sobre este tema, y por eso no añadido aquí otros más.

Paciencia de Jesucristo

Jesucristo nos da un gran ejemplo de paciencia durante su vida, paciencia admirable y constante especialmente durante su pasión. ¿Qué cosa más dulce y paciente que las ovejas y corderos? Por más que les hagáis daño, jamás se quejan: por eso comparan los profetas el Salvador a esos dos emblemas de paciencia y de dulzura. Hablando el profeta Isaías de Jesucristo dice: *«Fue sacrificado porque quiso y no ha desplegado los labios, como cordero fue llevado al matadero, como oveja muda ante los trasquiladores»* (53,7). Viendo Juan el Bautista que Jesucristo se le acercaba, exclamó: *«He aquí el Cordero de Dios que quita el pecado del mundo»* (Jn. 1,29).

Y San Pablo nos dice que *sufridas con paciencia las tribulaciones momentáneas de la tierra son para nosotros, de una manera sublime, un eterno peso de gloria* (2 4,17).

En la Biblia se nos narran figuras de modelos de paciencia, como son el santo Job, Tobías, y paciencia con otros la tenemos en José con sus hermanos,

en Moisés con su pueblo, en David con Saúl y en Pablo con los judíos.

Texto bíblicos: *Con paciencia salvaréis vuestras almas (Lc. 21,19). Si sufrís con paciencia las pruebas haciendo el bien, es una gracia ante Dios. A esto habéis sido llamados, porque Cristo ha sufrido por vosotros, dejándoos un ejemplo para que sigáis sus pisadas (1 Ped. 2,20-21). Tened, pues paciencia, hermanos, hasta la venida del Señor. Tomad por modelo de tolerancia y de paciencia a los profetas que hablaron en nombre del Señor. Sabéis la paciencia de Job, el fin que el Señor le otorgó, porque el Señor es compasivo y misericordioso (Sant. 5,8-11). El Señor pacientemente os aguarda, no queriendo que nadie perezca, sino que todos vengan a penitencia (2 Ped. 3,9). Mejor que el fuerte es el paciente, y el que sabe dominarse vale más que el conquistador de una ciudad (Prov. 16,32). El justo no se entristece por ningún suceso (Prov. 12,21).*

La paciencia es aquella virtud por la que sufrimos con ecuanimidad los males de esta vida, sin turbarnos o intranquilizarnos interiormente, ni pronunciando exteriormente palabras o ademanes menos decorosos o convenientes.

Dios ha sido el primero en sufrirnos y tener paciencia y mucha misericordia con nosotros, «a su misericordia debemos el no haber perecido».

Jesucristo nos dio un ejemplo magnífico en su pasión, guardando silencio ante los que le acusaban in-

justamente, y si contestó a los que le dieron una bofetada, lo hizo con aquellas medidas palabras: *«Si he hablado mal demuestra en qué, y si bien, ¿por qué me hieres?»* (Jn. 18,23).

Se necesita más fuerza para sufrir con paciencia las adversidades, que para hacer brillantes acciones... El hombre será dueño de su alma con la paciencia, porque esta virtud destruye completamente las pasiones que nos hacen desgraciados, como la tristeza, la ira, la envidia, la venganza, etc., pasiones que destruyen el alma (Santo Tomás, 2,2. q. 136. art. 2).

«Dais prueba de gran virtud, si no respondéis a una ofensa con otra ofensa: manifestáis una gran fuerza de alma, si perdonáis al ser ofendidos; y adquirís una gran gloria si perdonáis al enemigo a quien pudieráis dañar» (S. Isidoro Lib. Sent.).

«Hijo mio, procura adquirir la paciencia, porque es la más grande virtud del alma; adquiriéndola para llegar pronto a la cima de la perfección. La paciencia es el remedio soberano del alma, al paso que la impaciencia es el veneno del corazón» (S. Basilio, adv. a su hijo esp.).

Para evitar la desunión es necesario perseverar en la dulzura, guardar silencio, transigir un poco y apoyarnos en la prudencia y delicadeza, dejando pasar un poco de tiempo para poder hablar luego con calma. En la reprensión hay que saber mantener la autoridad y la dulzura.

Ejemplos referentes a la paciencia

Un sabio naturalista de Ginebra estuvo midiendo durante veintidós años la presión del aire. Un día entró en la casa una nueva criada que empezó su trabajo haciendo una «gran limpieza» en el gabinete de estudios. Llegó el sabio y preguntó a la muchacha:

— ¿Dónde están los papeles que tenía aquí, debajo del barómetro?

— Estos señor, estaban tan sucios que los he quemado. Pero los he cambiado por otros completamente limpios.

Pues bien, piensa qué harías tu en semejante caso... ¿Qué más dijo él? Cruzó los brazos. Por un momento pudo adivinarse la tempestad que rugía; mas luego añadió con sosiego: Has destruido el trabajo de veintidós años. De hoy en adelante no has de tocar nada de este cuarto.

La colaboradora de San Vicente de Paúl en la fundación de las Hermanas de la caridad fue la señorita Legras. Cierta día hubo de cuidar en el hospital a uno, un turco, a quien la enfermedad había vuelto irascible en extremo. Cuando el mal aminoró el enfermo pudo tomar un huevo, más airado porque sólo le permitían tomar uno, lo hechó con rabia a la cara de la señorita. Limpiándose, fue ésta en busca de otro huevo, que no tuvo

mejor suerte que el precedente, amenizado ello con groseros insultos.

Mas la señorita Legras le dice en tono dulce y suplicante:

— ¿Por qué hace esto? Usted me es querido como un hermano. — ¿Pero quién es usted? No es una mujer, es un ángel —exclamó entonces conmovido el turco— ¿quién le ha enseñado a tratar así a una fiera como yo?

La señorita descubrió el crucifijo que llevaba en su pecho, y le dijo: Este es mi Maestro Jesús, el que enseña la lección de la paciencia con todos.

Y el enfermo reconoció esta gran virtud. — Debe proceder de Dios una religión que enseña tanta virtud!

3

El ciego *Salvanieschi* escribe: Así, con mis ojos ciegos, después de haber visto las señales y veredas, las heridas y encrucijadas de los otros, he tenido frecuentemente vergüenza de ser probado de manera demasiado suave. Mas he inclinado la cabeza casi con orgullo de haber puesto yo también mi moneda de cobre en el tesoro del mundo. De día en día en estos diez años me he dado cuenta de que aquella monedita podía convertirse en un capital de paciencia y de renunciamiento... Jesucristo, después de decir: *Bienaventurados los que sufren...* añadió: *Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa es grande en el cielo* (Mt. 5,12).

Las pruebas de las tentaciones

En el Evangelio leemos que *Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto para que el demonio le tentase* (Mt. 4,1). Jesucristo quiso ser tentado para enseñarnos a resistir a las tentaciones, y convencer-nos de que hemos de ser experimentados para salvarnos y para enseñaros que la tentación no es un pecado, sino su consentimiento. «Cristo, dice San Agustín, fue tentado para que el cristiano no fuese vencido por el tentador, y vencedor Jesucristo, fuésemos nosotros también vencedores» (In Ps. 90).

«Nuestra vida en este destierro no puede pasar sin tentaciones, porque nuestro adelanto espiritual se verifica por la tentación; no podemos conocernos sino por la tentación; no podemos ser coronados sin haber vencido; no podemos vencer sin combate, y no podemos combatir sin enemigos ni tentaciones» (S. Agustín In Ps. 60).

«Todo el infierno junto no puede hacernos caer en la tentación, cuando nuestra voluntad está fuerte y constante en no consentir» (S. Pablo de la Cruz).

Textos bíblicos: *Jesús fue llevado por el Espíritu al desierto para ser tentado por el diablo* (Mt. 4,1). *No es nuestro Pontífice tal que no puede compadecerse de nuestras flaquezas, antes fue tentado en todo a semejanza nuestra, fuera del pecado* (Heb. 4,15). *Hijo mío, si te das al servicio de Dios, prepara tu alma para la tentación... pues como en el fuego se prueba el oro y la plata, así los hombres gratos a Dios se*

prueban en el crisol de la tribulación (Eclo. 2,1 y 5).

No os ha sobrevenido tentación que no fuere humana, y fiel es Dios que no permitirá que seáis tentados sobre vuestras fuerzas, antes dispondrá con la tentación el éxito, para que podáis resistirla (1 Cor. 10,13). Bienaventurado el hombre que sufre con paciencia la tentación, porque después que fuere probado recibirá la corona de la vida que Dios ha preparado a los que le aman (Sant. 1,12). Dios prueba a los elegidos como el oro en el crisol (Sab. 3,6). Vigilad y orad para que entréis en la tentación (Mt. 26,41). No nos dejes caer en la tentación... (Mt. 6,9).

La tentación es una incitación al mal, es decir, todo lo que solicita al hombre al pecado. Las tentaciones se suceden unas a otras. La tentación comprende también las aflicciones, las tribulaciones y las pruebas... La prosperidad es también una tentación peligrosa; la elevación, el honor y la alabanza son tentaciones terribles... Hay tentaciones del demonio, del mundo y de la carne...

Cuando adelantamos en la virtud los espíritus malos, siempre llenos de cruel envidia contra los que practican el bien, tratan de tentarnos más (S. Greg. M. Lib. 29 Moral)

¿Cómo hemos de conducirnos en la tentación?

1) *Antes de la tentación.* Nuestro deber es «esperarla», porque de seguro vendrá, pero «no buscarla», por «el que ama el peligro en él perecerá» (Eclo. 3, 27).

2) *Durante la tentación.* No demos oído al tenta-

dor, como lo hizo Eva. Velar sobre la voluntad, Si no consentimos, no hay pecado.

3) *Después de la tentación*. En caso de derrota, no acobardarse, comenzar de nuevo... y en caso de victoria, no enorgullecerse, dar gracias a Dios... El diablo seguirá tentando. Para triunfar necesitamos orar, o sea, la gracia de Dios y nuestra cooperación.

1

Ejemplos referentes a las tentaciones

El conocido episodio de José, el hijo de Jacob (gén. 39,7-20) nos pone de manifiesto cómo hemos de apartar las tentaciones.

José no discutió con la mujer de Putifar, que le incitaba al pecado y le cogía por el manto, sino que «huyó y salió de la casa». El mejor remedio para evitar la tentación es huir ante el peligro y evitar la ocasión.

2

Se cuenta del célebre doctor de la Iglesia santo Tomás de Aquino (m. 1274) que cuando era muy joven aún tomó la resolución de entrar en la Orden de los Dominicos, mas encontró obstáculo en sus propios padres, los cuales para apartarle de su propósito, le encerraron en la torre de un castillo.

Después (ved aquí el arte del diablo) le enviaron a una mujer para que con sus lisonjas le indujera al mal. Tomás recordó al instante el dicho del Espíritu Santo:

«*Los que huyeren se salvarán*» (Ez. 7,16), y trató de huir..., pero la torre se hallaba cerrada por todas partes. Entonces cogió de la chimenea un tizón encendido y con él obligó a la desvergonzada mujer a huir... Tomás tenía entonces 16 años de edad. Así temen, y así se libran de las malas compañías los santos.

3

En Praga (Bohemia), la mañana de una fiesta se encaminaba a la iglesia un jovencito que quería confesarse y recibir la sagrada Comunión. Por el camino encontró unos compañeros que no eran buenos, los cuales le ofrecieron dulces y le invitaron a ir con ellos. Al principio el muchacho se escusó y no quiso gustar de los dulces para estar en ayunas y poder comulgar. Pero después para no sentar plaza de beato, cedió a la tentación y se dejó convencer por aquellos malos compañeros.

¡Ojalá nunca lo hubiera hecho! poco después, excitados aquellos rapaces por las copas de licor bebidas, tramaron un altercado con otros compañeros de la misma relea, y en la reyerta nuestro joven cayó herido mortalmente. Llevado a una casa cercana, murió sin haber dado señal alguna de arrepentimiento. He aquí el desastre que ocasionó una ocasión no evitada.

4

Furiosa tentación se había desencadenado en el corazón de Santa Catalina de Siena. Y cuando des-

pués de la borrasca, se quejaba la santa: «¿Dónde estabas, Señor, cuando me veía rodeada de tantas tentaciones impuras?». Dios le contestó: «En medio de tu corazón, yo estaba complaciéndome en tu resistencia y sosteniéndote en el combate».

Porque sabe el Señor, dice San Pedro, sacar incólumes de la prueba a los piadosos», es decir, a los que confían en él.

5

Una novicia en una tentación, a la cual le parecía no poder resistir, dijo a Santa Teresita del Niño Jesús: «Esta vez ya no podré, es imposible». Pero ella le contestó: Pase usted sencillamente por debajo. Para las almas grandes está bien que vuelen por encima de los nubarrones cuando se desata la tempestad; mas nosotras no podemos sino soportar con paciencia los contratiempos. Aunque nos mojemos un poco, no importa; después nos secaremos al rayo del sol del amor divino. Tenemos que soportar las tentaciones con paciencia, resignación, y apoyar nuestras fuerzas en la gracia de Dios.

6

Cierto joven se presentó un día a San Felipe Neri quejándose de padecer continuas tentaciones. El santo le prescribió algunos remedios, pero se le presentó de nuevo algunos días más tarde, confesando que no había experimentado mejoría alguna.

— Bueno, le dijo entonces el Padre Felipe, ven mañana temprano; pasarás el día conmigo. —Al día siguiente, al presentarse el mozalbete, le dijo el santo: Llévame a tal sitio este montón de ladrillos, hasta el mediodía.

— Será usted obedecido, padre. Al mediodía, rojo como una amapola, pero satisfecho, se presentó el muchacho al Padre Felipe para decirle que había cumplido su cometido.

— Muy bien, contestóle el santo, terminada la comida devolverás esos mismos ladrillos al sitio de antes. Obedeció el muchacho, y al oscurecer se presentó cansado al Padre Felipe.

— Bien, le preguntó éste sonriendo, ¿has tenido hoy tentaciones? Padre, ni una siquiera; no me quedaba tiempo. —Procura, pues trabajar así todos los días. No hay duda que el trabajo, el estar ocupado en cosas buenas y fortificar la voluntad es un medio excelente para vencer toda tentación, especialmente las de impureza.

7

Un joven hizo ejercicios espirituales y salió de ellos decidido a mudar de vida y, para ello, evitar las malas ocasiones. Vuelto a la ciudad, se encontró con la «ocasión» peligrosa que le invitó a ir consigo, y le decía: — Pero chico, ¿ya no me haces caso? ¿No me conoces? Yo soy aquella... Si, respondió el otro, pero yo no soy aquel. Hay que ser decididos en la vida para evitar las ocasiones de pecado y rezar...

Juana Francisca Chantal, mujer de fe ardorosa, hubo de consolar a una religiosa que se quejaba de las tentaciones que sufría en cuanto a la fe.

La santa que tenía más de 61 años, le dijo: Hija mía, hace ya casi 41 años que las tentaciones (contra la fe) casi me aplastan. Suelen ser bastante corrientes las tentaciones contra la fe, pero para sostenerse en esta virtud es preciso que conozcamos a Jesucristo, que el el Dios hecho hombre, y a este fin leamos y meditemos el Evangelio y creéremos...

Creed en el Evangelio y predicadlo

Jesucristo al comenzar su vida pública empezó diciendo: «*Convertíos y creed en el Evangelio*» (Mc. 1,15). Esta expresión sintetiza su mensaje. Jesús predicaba el Evangelio del reino, que exigía arrepentimiento de los pecados y creer en la Buena Nueva de que Dios es Padre. Y al final de su vida, una vez resucitado y poco antes de subir al cielo dice a sus apóstoles: «*Id por el mundo entero y predicad el Evangelio*» y ¿a quiénes debían predicarlo? A todas las gentes sin distinción de clases.

San Vicente Ferrer, en su tiempo, por algunos abusos de predicadores que hablaban más de los poetas que de la Biblia, dice: Notemos que Jesucristo nos dice: «*Predicad el Evangelio*», y no dice que prediquemos a Ovidio, Virgilio y Homero, sino el Evangelio y toda la Sagrada Escritura es el Evangelio o figurativo o figurado y claro. Toda la Sagrada Escri-

tura por ser palabra de Dios viene del cielo y hace subir al cielo a la persona que lo predica o que lo practica, en cambio la doctrina de los poetas por salir del entendimiento humano, es doctrina terrena y no pude hacer subir al cielo.

Hemos de leer con frecuencia la Santa Biblia y meditar sus palabras porque ellas elevan y santifican nuestras almas, por cuanto «la Biblia es una carta de Dios omnipotente a sus criaturas»... Tengamos presente el dicho de San Agustín: «Cuando oramos, hablamos a Dios; pero cuando leemos las Sagradas Escrituras, Dios nos habla» (Serm. 112 de Temp.).

Textos bíblicos: *«Predicad el Evangelio a toda criatura, el que lo creyere y fuere bautizado se salvará, y el que no lo creyere se condenará» (Mc. 16,16-16).* *«Todo cuanto está escrito (en la Biblia) para nuestra enseñanza fue escrito, a fin de que por la paciencia y la consolación de las Escrituras estemos firmes en la esperanza» (Rom. 15,4).* *«La Sagrada Escritura puede instruirte en orden a la salvación por la fe en Jesucristo. Pues toda la Escritura es inspirada por Dios y útil para enseñar, reprender, corregir e instruir en la justicia, a fin de que el hombre sea perfecto y apto para toda obra buena» (2 Tim. 3,16-17).* *«La Escritura no puede fallar» (Jn. 10,35).*

(La Biblia trata de Jesucristo. Así lo dice Él): *«Investigad las Escrituras... pues ellas dan testimonio de mí» (Jn. 5,31).* *«Conviene que se cumpla cuanto está escrito de Mí en la Ley de Moisés, en los Profe-*

tas y en los Salmos» £Lc. 24,44).

Los Santos Padres de la Iglesia alaban grandemente la Sagrada Escritura, y he aquí algunos de sus testimonios: «El mismo Espíritu Santo ha dictado la Sagrada Escritura; los profetas (los Evangelistas y los Apóstoles) no eran más que sus amanuenses, o bien la pluma del Espíritu Santo, bajo cuyo dictado escribían». (S. Cipriano. Serm. de eleem.). «Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne» (S. Jerónimo. Epist.).

«Todas las enfermedades del alma tienen su remedio en la Sagrada Escritura» (S. Agustín Epist. 3 ad Volusian.). Una generación se va y otra generación viene, y así pasan los siglos sucediéndose unos a otros. La Escritura de Dios tenía que permanecer y como autógrafo de Dios, que puedan leer los transeuntes y mantenerse fieles en el camino de la promesa» (S. Agustín in Ps. 144,17).

La Sagrada Escritura es una farmacia abierta a todos, y propia para curar las almas; cada cual puede escoger en ella un remedio saludable y conveniente a su enfermedad» (S. Basilio Homil. in Ps. 1).

Leer las Divinas Escrituras, dice S. Crisóstomo, es abrírnos el cielo.

Todos debemos leer la Santa Biblia, empezando por el Nuevo Testamento. Si cada día leyéramos un capítulo siquiera, nos serviría de lectura espiritual y meditación, y si fuéramos constantes nos daríamos cuenta de cuanto nos dice el Señor para nues-

tro bien, y una vez leído el Nuevo Testamento, ya podríamos pasar al Antiguo, y conoceríamos mejor a Jesucristo, que es la figura central de la Biblia, y como dice San Jerónimo: «Ignorar las Escrituras es ignorar a Cristo».

1

Ejemplos referentes a la Santa Biblia

La Biblia es una carta de Dios a los hombres. *San Antonio Abad* (m. 356), que vivía en el desierto de la Tebaida, recibió un día una carta escrita del emperador Constantino el Grande. Sus discípulos estaban maravillados, y así se lo declararon, de que el emperador le hubiese distinguido con una carta de su propio puño. Pero el Santo dijo: «Mucho más debiera maravillaros de que nuestro Señor, Rey de todos los reyes, nos hayan enviado a nosotros, una carta suya, es decir, las Sagradas Escrituras».

2

Enrique Heine, poeta alemán, judío, al final de su vida: «He vuelto a Dios, como el hijo pródigo. Debo mi iluminación sencillamente a la lectura de un libro. ¿De un libro? Sí, es un libro antiguo, modesto como la naturaleza, y también natural como ésta, un libro tan activo y sin pretensiones como el sol que nos calienta, como el pan que nos alimenta; un libro que nos parece benditamente bondadoso, y este libro se llama *el libro*: la Biblia.

3

Goethe, escritor alemán, y uno de los genios de la literatura universal, dijo: Por mi parte amo y apreció la Biblia; porque casi exclusivamente a ella debo mi formación moral; y los casos, las enseñanzas, los símbolos, las parábolas que hay en ella, todo se me ha grabado profundamente y ha tenido su eficacia de una manera o de otra.

4

A propósito del célebre Obispo *Bossuet*, dice Bros que no había más que mirar su Nuevo Testamento y su Biblia para convencerse del uso continuo que hacía de esos libros. Se sabía el texto casi de memoria. Leía especialmente el Nuevo Testamento «como forma de meditación». Veíasele en sus pequeños y largos viajes, en su habitación, en la casa y en otras partes con el Evangelio en la mano, y más a menudo cerrado que abierto, meditando profundamente las palabras que se le habían imprimido en la memoria. Era ésta su oración... Su ocupación principal era la lectura de la Santa Biblia...

5

Santa Teresita del Niño Jesús dijo: «Siempre que leo una obra en la que se estudia la perfección desde interminables puntos de vista, mi pobre entendimiento se fatiga. Entonces cierro inmediatamente el libro tan lleno de erudición, que me sirve de rompecabe-

zas y embota mis sentimientos, y tomo la Sagrada Escritura, y en seguida se me hace de nuevo la luz; una sola palabra abre a mi alma las perspectivas de lo infinito, la perfección me resulta fácil y atractiva y veo que es suficiente reconocer la propia nada y entregarse por completo a Dios, del mismo modo como un niño descansa en los brazos de su padre».

6

Dorothy Day, que de comunista militante se hizo jefe de un Movimiento Católico. Contando su conversión, después de consignar un recuerdo de su infancia dice: «Mi afán de buscar a Dios empezó en California... Yo estaba sentada sobre una mesa, como si fuera la maestra, y leía en voz alta una Biblia que había encontrado. Despacio, a medida que iba leyendo, una nueva personalidad iba apoderándose de mi, era yo presentada a alguien, y comprendí casi inmediatamente que estaba en camino de descubrir a Dios.

Sabía que acababa de descubrirle realmente porque me sentía sumamente excitada. Me parecía como si la vida fuese más llena, más rica, más invitadora en todos los sentidos. Allí había Alguién que yo no conocía antes y con todo sentía que nunca le olvidaría, que nunca me libraría de Él. El juego podrá ser lo de siempre, podrá tener nuevo rumbo, nuevos aspectos, mas la vida nunca volvería a ser la misma de antes».

Un día halló *Clément Roux* una Biblia encima de su mesa. Su primer impulso fue rechazarla, mas luego cambió de parecer y la abrió. Llama su atención un pasaje de San Pablo, el mismo que había convertido a San Agustín: «*Despojémonos, pues, de las obras de las tinieblas y vistámonos de las armas de la luz. Caminemos honestamente en pleno día y no nos entreguemos a los excesos de la mesa y del vino, a la lujuria y a la impudicia, a las riñas y a los celos. Pero vistámonos del Señor Jesucristo* (Rom. 13,12-14). Estas palabras le dejaron «profundamente conmovido», y desde entonces su conversión quedó decidida.

El célebre estadista *Donoso Cortés* hablando de la Biblia dice: «Libro prodigioso aquel en que el género humano comenzó a leer treinta tres siglos ha, y con leer en él todos los días, todas las noches y todas las horas aun no ha acabado su lectura... Suprimid la Biblia con la imaginación, y habréis suprimido la bella, la grande literatura española, o la habréis despojado al menos de sus destellos más sublimes, de sus más espléndidos atavíos, de sus soberbias pompas y de sus altas magnificencias».

San Jerónimo nos da este consejo: «Leed con frecuencia las Escrituras. No dejéis nunca de la mano su

lectura... La vida de los santos es la mejor interpretación de las Escrituras... Amad la ciencia de la Escritura y no amaréis los vicios de la carne...

¡Ay de vosotros los ricos!

La Sagrada Escritura nos habla muchas veces de las riquezas, las que son buenas en cuanto son don de Dios, y lo que es malo en ellas es su abuso, o sea el apego pecaminoso a los bienes materiales. De las ocho bienaventuranzas consignadas en el Evangelio de San Mateo (5,3-10), San Lucas sólo recoge cuatro (6,20-22) y les añade las correspondientes maldiciones: *¡Ay de vosotros los ricos!...*

Jesucristo dijo: Nadie puede servir a dos señores: A Dios y a las riquezas, porque no es posible amar a dos señores de sentimientos opuestos, que tienen también fines diametralmente opuestos.

Es propio de la pasión del dinero ocupar todos el corazón del hombre y llegar al olvido de Dios y por eso el que haya entre ellos una oposición irreductible... Los que metalizan el corazón, difícilmente sirven a Dios, porque, como dice San Pablo, son idolatría *«culto a los ídolos»* (Col. 3,5).

De los que buscan el aplauso del mundo, dice Jesús: *«Ya tuvieron su paga»* (Mta. 6,2,5 y 16). Y al rico Epulón: *«Ya tuviste tus bienes»* (Lc. 16,25), es decir, tuvieron lo que deseaban y no desearon otra cosa. Por eso dijo Jesús: *¡Cuán difícil es que los ricos se salven!...*

Hay un caso único en que la Biblia elogia al rico, y es éste: *«Bienaventurado el rico que es hallado sin culpa y que no anda tras el oro, ni pone su esperanza en el dinero ni en los tesoros»* (Eclo. 32,8) y lo explica en seguida: *«porque fue probado por medio del oro y hallado perfecto por lo que reportará gloria eterna, porque podía pecar y no pecó, hacer el mal y no hizo»* (Eclo. 31,10). Esta es una excepción entre los ricos, pues casi todos sucumben a los halagos del oro.

Textos bíblicos: *No alleguéis tesoros en la tierra, donde la polilla y el orín los corroen y donde los ladrones los horadan y roban... Atesorad tesoros en el cielo... Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón* (Mt. 6,19-21). *Si abundan las riquezas, no apeguéis a ellas vuestro corazón* (Dal. 62,11). *Y vosotros, los ricos, llorad a gritos sobre las miserias que os amenazan. Vuestra riqueza está podrida... vuestro oro y vuestra plata comidos del orín, y el orín será testigo contra vosotros...* (Sant. 5,1-3).

A los ricos de este siglo encárgales que no sean altivos, ni pongan su confianza en la incertidumbre de las riquezas, sino en Dios, que abundantemente nos provee de todo para que disfrutemos, practicando el bien, enriqueciéndonos de buenas obras, siendo liberales, dadivosos y ateorando para el futuro con que alcanzar la verdadera vida (1 Tim. 6,17-19). *Buscad primero el reino de Dios y su justicia y todo lo demás se os dará por añadidura* (Mt. 6,33). *Teniendo con que comer y vestir, con esto estemos contentos* (1 Tim. 6,8).

En el Antiguo Testamento, vemos que Dios da las riquezas (Eccl. 11,14s) y que son estimadas siempre que no supongan pecado. He aquí el comentario de algunos Padres. «El oro y la plata no son buenos ni malos; su uso es bueno, y su abuso malo; su codicia peor, y la usura pésima» (S. Bernardo. Serm. 4 de Advent).

– «Las riquezas no son un pecado; pero es un pecado no distribuir las a los pobres y emplearlas mal...» (S. Crisóstomo. Homil. de Avarit.).

– Las riquezas son semejantes a la serpiente; el que las coge sin mil precauciones, siente pronto que su alma está aprisionada y mordida (S. Clem. Alej. Lib. 3 Strom.).

– *¿Qué haré, dice el rico del Evangelio, puesto que no tengo donde encerrar los frutos? Y dijo: Voy a hacer esto: derribaré mis graneros, levantaré otros mayores, juntaré en ellos toda la cosecha y todos mis bienes. Y diré a mi alma: Ya tienes almacenados muchos bienes para muchos años: come, bebe, y pásalo bien. Pero Dios le dijo: ¡Necio! esta misma noche te pedirán el alma, ¿y para quién serán las cosas que preparaste?... (Lc. 12,16-20). San Basilio comenta: ¿Buscáis graneros? Ya los tenéis: Esos graneros son los estómagos de los pobres hambrientos (Homil. in Destruam Horrea).*

– El pan que guarda es del hambriento; los vestidos que encierras en tus cofres son de los desheredados; los zapatos que se pudren en tu casa, son de los descalzos (San Basilio Ib. n. 3).

— Lo superfluo de los ricos es lo necesario de los pobres: guardar lo superfluo es retener los bienes ajenos (S. Agustín Ps. 146, sent. 174).

El rico Epulón se condenó, no por tener riquezas, sino por hacer mal uso de ellas.

1

Ejemplos referentes a la riqueza

La señorita Walker, una millonaria del siglo XIX, se suicidó. ¿Por qué lo hizo? En su escritorio se encontró una esquelita en la que, poco antes de morir, había escrito estas palabras: «Tengo arcas y cofres llenos de dinero y oro, pero ni hijos ni amigos. Estoy rodeada de hipócritas y aduladores que pretenden heredarme. Todos se hacen daño mutuamente por mí y creo que todos tienen razón en sus mutuas acusaciones. Todos los hombres son malos. Por eso voy a la muerte».

La riqueza terrena no nos hace felices. Dura sólo cierto tiempo, y finalmente llega la muerte con su inexcusable demanda: «Entrégalo todo». Aún los más ricos van sin un céntimo a la tumba. Es una locura apegarnos a lo que hemos de dejar aquí al morir.

2

Las riquezas son a veces obstáculo a nuestra salvación. *Newman*, nacido en el protestantismo, se hizo sacerdote católico. Y llegó a ser cardenal de la Iglesia. Discutía una vez con un pastor protestante que

se resistía a renegar de su secta porque los bienes de la tierra le impedían mirar libremente al cielo, y le dijo el cardenal:

— Buscad a Dios, pero con desinterés. Y escribiendo con gruesos caracteres la palabra «Dios», añade: Leed. El pastor leyó: «Dios» — ¿Veis bien la palabra? — Perfectamente, contestó.

— Pues bien sacad una moneda. El pastor le miró algo sorprendido, pero se la entregó. Newman la tomó y, colocándola sobre la palabra escrita, insistió diciendo: Leed ahora. — Imposible, dijo el pastor. Ahora no veo la palabra.

— Aquí tenéis la explicación de por qué no queréis adjurar, contestó Newman. El oro impide ver a Dios.

3

¿No os habéis preguntado alguna vez por qué la posesión de grandes riquezas está unida tantas veces al peso de grandes desventuras?

Esto mismo preguntó una vez a Franklin una madre joven que tenía un niño pequeño cogido de la mano. Franklin, sin decir nada, cogio una manzana de una cesta que allí había y la dio al niño. Éste la cogió con gran alegría. Franklin le dio luego otra manzana, que el niño cogió con el mismo gozo con la otra mano. Entonces Franklin le dio una tercera. El niño quiso abarcar las tres y no pudo; se le cayeron todas al suelo rodando, y el pequeño empezó a llorar.

— ¿Ves? dijo el sabio a la madre. Aquí tiene un

hombrecillo que posee demasiadas riquezas para poder disfrutarlas. Con dos manzanas era feliz; con tres deja de serlo. ¿No pasa lo mismo a menudo a los hombres? – La avaricia rompe el saco...

4

La dama *Melania* romana, aunque cristiana estaba apegada a las riquezas. Un día que estaba pensando en el cielo, comprendió, por gracia de Dios, que si quería gozar del cielo, había de renunciar a los placeres de la tierra. Desde entonces cambió de modo de vivir. Renunció a toda pompa y se entregó a una vida de oración. Un pariente suyo, Volusiano, al volver de Milán a Roma y ver a *Melania* exclamó: «¡Ah, cómo has cambiado!» «No lo hice yo, sino el cielo, contestó ella; y pronunció de tal manera estas palabras que Volusiano, que era todavía pagano, se convirtió y se hizo cristiano.

5

Muchos ni entienden, ni atienden a otra cosa (en la educación de los hijos) que a dejarles dinero, riquezas y un patrimonio grande y opulento. Y los inclinan, no a la religión, no a la virtud, no a los estudios de las buenas letras, sino a la avaricia de amontonar hacienda. Ni cuidar de la honra ni de la salvación de sus hijos, con tal que sean ricos y acaudalados... De ahí es que trasladan a los hijos, no tanto sus bienes cuando sus maldades y abominaciones, y les

sirven de guía, no para el cielo, sino para los tormentos eternos del infierno (Catec. Rom. 3,5,22).

¡Ay del mundo por los escándalos!

Las palabras de Jesucristo nos ponen de manifiesto que el escándalo es un pecado muy grave y enorme. Esto lo indica la expresión: Ay del hombre... ¡Ay del hombre por cuya culpa viene el escándalo! (Mt. 18,6-7). Pecado ciertamente diabólico y satánico que impide la gloria de Dios y la salvación de las almas. Y en otro lugar dice: que el día del juicio hará recoger por sus ángeles todos los escandalosos y arrojarlos en el fuego del infierno, donde habrá aullidos y rechinar de dientes, o sea, gran desesperación (Mt. 13,41).

Jesucristo dijo también: «Es forzoso que haya escándalos», pero entiéndase que esto lo dijo refiriéndose a las persecuciones, a las burlas, a las calumnias contra los justos... y porque en vista de la multitud de los seres corrompidos y de tanta malicia es imposible que no haya escándalos. Pero *¡ay del que causa el escándalo!*... ¡Ay del que es causa que otras almas pierdan la inocencia y sean ocasión de pecados ajenos!...

Grande fue el crimen de Caín, pero es mayor el del escandaloso que mata el alma con infames ejemplos... Caín mató a su hermano Abel, y el Señor dijo a Caín: *«¿En dónde está tu hermano? ¿Qué has hecho? La voz de la sangre de tu hermano está clamando a mi desde la tierra»* (Gén. 4, 9-10).

¿No es el escandaloso otro Caín? ¡Desgraciado!

¿En dónde está tu hermano, el inocente Abel? Su sangre que has derramado, aquella alma que has asesinado con tu mal ejemplo, clama venganza.

Textos bíblicos: Dijo Jesús a sus discípulos: Es inevitable que haya escándalos (dada la malicia del mundo), pero ¡ay de aquel por quien vengan!... Al que escandaliza a uno de estos pequeñuelos que creen en Mi, mas le valiera que le atasen al cuello una rueda de molino y le arrojasen al mar antes que escandalizar a uno de estos pequeños (Lc. 17,1-2). El que siembra iniquidad cosecha desventura y todos sus afanes son vanos (Prov. 22,8). ¿No sabéis que un poco de levadura hace fermentar toda la masa? Alejad la vieja levadura para ser masa nueva (1 Cor. 5,6-7). Si tu mano o tu pie te escandaliza, córtatelo y arrójalo de ti. Mas te vale entrar cojo o manco en la vida que, teniendo las dos manos o los dos pies, ser arrojado en el fuego del infierno... (Mt. 18,8).

El escándalo, dice Santo Tomás, es una palabra, una acción o una omisión que carece de rectitud y causa la ruina al prójimo... Cuando uno dice o hace algo malo que induce a los demás a pecar, entonces se hace culpable de escándalo. El escándalo es, pues, un mal ejemplo que a otros arrastra al pecado. Un padre vg. que blasfema, que no santifica las fiestas, etc., es ocasión de que sus hijos también blasfemen y no vayan a Misa...

En general podemos decir, que da escándalo vg. el que anda borracho por las calles, el que delante de

otros usa palabras indecentes o echa maledicciones delante de los niños; el que presenta láminas pornográficas, publica libros impíos, escarnece en los periódicos las verdades de la religión o sus ministros, etc. El escándalo es diabólico si uno se propone como fin la perversión de las almas...

Hay que evitar el escándalo apartándose de un amigo, de un vecino o de cualquier otro que escandalice. Los que hayan cometido escándalos deben repararlos no sólo son palabras sino con el ejemplo y buenas obras...

San Gregorio Magno dice que tenemos obligación de evitar, en cuanto nos sea posible el escándalo de los prójimos; pero si de la verdad reciben escándalo, mejor es permitir que éste nazca, que desamparar la verdad (Homil. 7 sent. 22).

1

Ejemplos referentes al escándalo

Por una mala lectura. El 29 de diciembre de 1843 fue ajusticiado en Saint Gall (Suiza), ante una enorme muchedumbre, el reo Pedro Waser, quien antes de morir dijo con los ojos arrasados en lágrimas: El libro de Straus: «Vida de Jesús» me ha perdido. Antes fui muy hombre de bien y apacible, nunca olvidé mis oraciones. Este libro vino a mis manos, y presto perdí la fe. Créime que la religión era patrañas para atemorizar a las gentes y que Dios, el alma, la eternidad, eran invenciones de los sacerdotes y religiosos.

Por esta mala senda pronto llegué a no respetar la vida de los demás. ¡Cuánto mal puede hacer un libro pernicioso que socava la fe y la moral!

2

Por una ratería vista en el cine. La he oído referir, pero como ésta se dan miles de casos en la actualidad. En enero de 1912 ante el tribunal para menores en Francfort del Mein, un muchacho de doce años, alumno aún de una escuela y de familia honesta, por haber sido sorprendido arrebatando un bolso a una señora ante el escaparate de una tienda. El muchacho confesó al Tribunal que habiendo visto en el cine un hecho parecido, al hallar circunstancia favorable, quiso imitarlo.

No hay duda que es enorme la sugestión del crimen, viéndolo tan al vivo ante los ojos. El cine inmoral, como la televisión obscena pervierten a las masas con el mal ejemplo. Los gobiernos que toleran tanta enseñanza ponzoñosa y no quieren implantar la religión cristiana en todos los colegios ya desde niños son los culpables de muchos males que presenciamos.

3

En Amberes, en 1928, fue condenada a diez años de trabajos forzados María Smoddors, joven de 16 años que había atentado contra la vida de su padre. Los jueces admitieron dos circunstancias atenuantes: la tierna edad de la acusada y el hecho de que se

había pervertido leyendo libros deshonestos que su mismo padre le había procurado. ¡Si, su mismo padre! Queriendo ahogar en el alma virginal de su hija la vocación religiosa, había puesto entre sus manos un libro pésimo, diciéndole: «Lee esto, y ciertamente no te harás monja».

La joven lo leyó y perdió no sólo la vocación, sino el mismo sentido de la moral, llegando al extremo de atentar a los dieciseis años contra la vida de su progenitor.

4

En un cementerio de Francia había un epitafio de un médico que decía: «Aquí yace aquel por cuya causa tantos otros yacen». Este epitafio serviría para un escandaloso, que con su mal ejemplo ha dado muerte a muchas almas.

5

— **Norberto**, primo del emperador de Alemania, llevaba una vida entregada por completo a los peores desórdenes, escandalizando aún a los más ligeros. A la edad de treinta y tres años se dirigía a un pueblecito de Wesfalia, acompañado de un solo criado. De repente el cielo se encapotó y se desencadenó una tempestad formidable. El criado asustado dijo a su señor: «Volved, volved, la mano de Dios seguramente está con usted». Norberto oyó otra voz que le decía, como un día a Saulo de Tarso: «Norberto, Norberto, ¿por

qué me persigues? Yo te he destinado a la edificación de mi Iglesia y tu escandalizas a los fieles». Al mismo tiempo un rayo, cayendo ante sus pies, le derribó de su montura, y Norberto se quedó desmayado durante una hora. al recobrar sus sentidos, vió toda la locura de su vida pasada. «Señor, clamó, ¿qué quieres que haga?». «Deja el mal y haz el bien, busca la paz...». Norberto, obedeció, cambió de vida y llegó a ser el fundador de la Orden premonstratense.

6

Cuando en el año 1870 los alemanes penetraron en Francia, un oficial francés (Gougenot des Mousseaux) fue a visitar a la vidente de Lourdes, Bernardita, quien a la sazón vivía en Nevers como monja. Al conversar con ella, le preguntó si no tenía miedo a los alemanes que se aproximaban. Al oír la respuesta negativa, el oficial siguió preguntándole: «¿De modo que no teme de nada?». «Señor, contestó con sencillez Bernardita, no temo más que una sola cosa: a los malos católicos».

¿Serán pocos los que se salvan?

Esta pregunta se la hizo un día uno a Jesucristo, y Él se limitó a decir: «*Esforzaos a entrar por la puerta estrecha*». Según los Evangelios (Mt. 7,13; Lc. 13,24) da a entender que son más los que se condenan porque son más los que van por el camino ancho de la perdición.

Aunque Nuestro Señor Jesucristo no intenta determinar el número de los «elegidos», es necesario reconocer que nos pide esfuerzo en andar por el camino que nos lleva a Dios, y éste es estrecho: el de los vencimientos o de la cruz, el de las bienaventuranzas y el de sus mandamientos.

Sobre esta cuestión se nos habla en el libro IV de Esdras, y aunque este libro como el III no hayan sido declarados como «canónicos» por la Iglesia, si tenemos que saber que han sido tenidos en ella en gran estima y autoridades por haberse valido de ellos algunos Santos Padres de la Iglesia en sus escritos y también la misma Iglesia ha usado varias cláusulas del libro IV en la solemnidad de los divinos oficios.

Pues bien, en este libro IV se nos dice que son muchos más en número que los que perecen para siempre, que los que han de salvarse.

«Dijo el Señor a Esdras: Si quieres conocer cómo ha dispuesto el Altísimo la vida presente para muchos y para pocos la venidera, repara en el globo de la tierra y verás que siendo inmensas las porciones que da para que de su barro se formen muchas manufacturas o vasijas, es muy escasa la porción que presta para la formación del oro en sus ocultas minas, es decir, así como hay mucho más barro para hacer vasijas, pero poco polvo para encontrar oro, así son los muchos de este siglo. Muchos son ciertamente los creados, mas poco los que se salvan». (4 Esd. 8,2).

Y luego añade en el cap. 9,15-16: «*Antes hablé, y*

ahora digo, y lo diré nuevamente que, son más los que perecen que los que se salvan, como superan las olas del mar a una sola gota de agua».

Textos bíblicos: Uno le preguntó: *¿Señor! ¿Serán pocos los que se salven? El les dijo: Esforzaos para entrar por la puerta estrecha, porque os digo que muchos querrán entrar y no podrán (Lc. 13,23-24). Entrad por la puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. «¿Qué estrecha es la puerta que angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella!» (Mt. 7,13-14). El reino de los cielos se alcanza a viva fuerza, y los que se la hacen a si mismos lo arrebatan (Mt. 11,12).*

San Pablo en su carta primera a los Corintios (cap. 10) habla de los judíos que Dios llevó por el desierto en dirección a la Tierra prometida y que la mayor parte de ellos por no ser agradables a Dios fueron muertos en aquel desierto y de todos los que salieron de Egipto sólo, como sabemos, entraron en dicha Tierra Prometida, Josué y Caleb, y dice que «estos hechos, en efecto, acontecieron como en figura para nosotros, para que no codiciemos lo malo como ellos lo codiciaron» (1 Cor. 10,6), y esto debe hacernos pensar.

De hecho, si nos fijamos en el panorama actual del mundo, ¿Cuántos son los cumplidores de la Ley de Dios? ¿Cuántos son los que viven en gracia y frecuentan los sacramentos, que son los grandes medios de salvación? ¿Acaso no es exiguuo este número

en relación con los blasfemos, los criminales, ladrones impuros y los que no dan culto a Dios en los días festivos?...

Si Cristo dice: *«Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos»*, ¿No son inmensamente más los que los quebrantan?... Algunos podrán decir: ¿Cómo es posible que sean más los que se condenen que los que se salven, si la Escritura Santa dice que Dios ama grandemente a los pecadores y quiere que todos los hombres se salven? Dios, dice San Agustín, quiere que todos se salven, más como nadie se salva sin su propia voluntad (porque tenemos libre albedrío), quiere que nosotros queramos el bien, para que queriéndolo, también Él quiera cumplir su designio.

De hecho sabemos que Dios no nos da el cielo *gratis*, pues quiere que nos esforcemos en hacer buenas obras y guardar sus mandamientos (2 Ped. 1,10; Mt.19,17). Dios reprende por no corresponder a sus gracias (Is. 5,4; Mt. 11,20-21). El nos dice: *«Si quieres entrar en la vida eterna...»* Notemos que dice: *«Si quieres»*. Luego el hombre es libre para obrar el bien o no obrar. *«Ante el hombre están la vida y la muerte; lo que cada uno quiere le será dado»* (Eclo. 15,18). *«Ved, que yo os pongo delante bendición y maldición; la bendición, si cumplís los mandamientos de Yahvé, vuestro Dios; la maldición, si no lo cumplís»* (Dt. 11,26-28).

Los que se condenan, por tanto, no es «porque no

podieran ser buenos, sino «porque no quisieron ser buenos». Y como dice el apóstol San Juan, los que se condenan es porque *« viniendo la luz al mundo, los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas »* (Jn. 3,19).

1

Ejemplos referentes a la salvación

Según un artículo de C. Sentís en el diario A.B.C., en 1923 se reunieron en un hotel de Chicago los prohombres del mundo financiero norteamericano, los cuales controlaban riquezas mayores que el mismo tesoro del Estado.

Pues bien, todos aquellos señores terminaron sus días del siguiente modo: El presidente de la más importante compañía del acero, Carlos Schwab, vivió los últimos años de su vida arruinado y murió súbitamente.

El más grande especulador de trigo, Arturo Gutten, murió insolvente en el extranjero. El mayor de los colosos de Wall Street, José Livermore, el presidente del Banco Internacional de Inversiones, León Fraser, y el jefe del más importante monopolio del mundo, Iván Kreuger, se suicidaron.

Estos son los cambios de esos personajes en 25 años. El artículo termina diciendo que todos ellos habían aprendido a ganar dinero, pero ninguno de ellos había aprendido lo más importante. No habían pensado en la salvación de su alma, y como dice el adagio: «El que se salva, sabe; el que no, no sabe nada».

2

Un joven frívolo, al ser amonestado una vez para que enmendara su vida, contestó con cierto orgullo: «Aún tengo tiempo. Si no me divierto ahora, en mi juventud, ¿cuándo lo haré? La juventud sirve precisamente para soltar las riendas...». «Aún tengo tiempo». ¿De veras? ¿Tan cierto es que lo tienes? ¿El Señor de la vida te otorgó escritura pública asegurándote aún cuarenta, cincuenta o sesenta años de vida? ¿No dijo más bien: *«Estad prevenidos, porque a la hora que menos pensáis vendrá el Hijo del hombre»* (Lc. 12,40). Notemos que el Señor no nos dice que nos preparemos, sino que «estemos preparados», porque la muerte nos puede sorprender en cualquier momento. ¡Se vive una sola vez!

3

Dos caballeros jóvenes, amigos, uniéronse cierto tiempo y después se separaron. Uno de ellos fue a una corte principesca y llegó a ser un gran señor y vivía lujosamente sin el menor pensamiento sobre el alma y la vida eterna, y el otro se hizo capuchino. Al cabo de muchos años que no se veían se encontraron en un viaje. Y el primero al ver el capuchino, demacrado y envejecido, le dijo:

— ¡Ay, amigo, te has equivocado! Debías haber venido conmigo; hubieras hecho fortuna. A los que replicó el capuchino:

— Amigo, si yo he errado, el daño es para poco

tiempo; en cambio, si eres tu el equivocado, el daño será nada menos que de una eternidad. Con mis penitencias yo espero salvarme eternamente; mientras que tú con toda tu fortuna y delicias, estás en peligro de perderte para siempre.

Amad a vuestros enemigos

En la Sagrada Escritura se nos revela que «Dios es amor» (1 Jn. 4,8) y esta es la razón de nuestra existencia, pues, como dice San Agustín, «nosotros existimos porque Dios es bueno» y nos ama, y Él es el que nos ha dado estos dos mandamientos: *«Amarás al Señor, tu Dios con todo el corazón, con toda tu alma y con toda tu mente. Este es el más grande y primer mandamiento. El segundo es semejante a éste: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. De estos dos mandamientos penden toda la ley y los Profetas»* (Mt. 22,37-40).

San Juan de la Cruz nos dice: «En la tarde de la vida se nos examinará del amor». Este será el examen del fin de carrera de esta vida, y ¿de qué tendremos que dar cuenta en este examen? De la generosidad, de la entrega, del sacrificio en favor del prójimo, de cómo hemos sabido posponernos a los demás por la paz y el bien de todos, de sobrellevarnos mutuamente con paciencia y abnegación, de cómo hemos aceptado las ingratitudes o bien las cruces enviadas por Dios...

Textos bíblicos: *Toda la ley se resume en este mandamiento: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo»*

(Gal. 5,14). *Amad a vuestros enemigos y orad por los que os persiguen, para hacer salir el sol sobre malos y buenos y llover sobre justos e injustos. Pues si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen esto también los publicanos?... (Mt. 5,44-46).*

Un mandamiento nuevo os doy: que os améis los unos a los otros como yo os he amado. Nadie tiene amor mayor que éste de dar uno la vida por sus amigos (Jn. 15,12-12). Vuestra caridad sea sincera, aborreciendo el mal, adhiriendos al bien... No volváis mal por mal; procurad el bien a los ojos de todos los hombres... Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed dale de beber; que haciendo así amontonáis carbones encendidos sobre su cabeza. No te dejes vencer del mal, antes vence al mal con el bien (Rom. 12,9)

Haced vosotros con los demás hombres todo lo que deseáis que ellos hagan con vosotros (Mt. 7,12). No amemos sólo de palabras y con la lengua, sino con obras y de verdad (1 Jn. 3,18).

«Amar al prójimo como a sí mismo» es hacer que todo lo bueno, todo lo noble, todo lo hermoso y todo lo grande que quiero para mí, quererlo para él... Lo más hermoso es «bendecir a los que nos persigan y bendecir o hacerles el bien posible a los que nos maldigan. *«Si tu enemigo tiene hambre, dale de comer, si tiene sed, dale de beber...»*, y es que el amontonamiento de beneficios obligará al enemigo a dolerse y arre-

pentirse de sus malas obras, y avergonzado se acercará más a su hermano encendiéndose en amor hacia él.

Al enemigo lo hemos de odiar, como dice San Agustín, por lo que hay de malo en él, es decir, debemos odiar su inquietud, y amarle por lo que hay de bueno en él, es a saber, su cualidad de criatura social y racional.

«Cualquier que desee tener a Dios en gran manera misericordioso para con él, ponga sus enemistades en sus divinas manos, perdone toda ofensa y haga oración de veras por sus enemigos, aprovechándose de toda ocasión para hacerles bien» (Cat. Rom. 4,14-23).

«*Soportaos unos a otros con caridad*» (Ef. 4,1). El bueno no hiere a nadie, no injuria a nadie, no dice mal de nadie; todo lo contrario, dice bien de todos y a todos sirve» (S. Buenaventura).

«Ponte en lugar del prójimo, y pon al prójimo en el tuyo y así juzgarás rectamente» (S. F. Sales). ¿Qué habrías hecho tu en tales circunstancias, con su poca formación y las mismas pasiones?...

1

Pensamientos referentes al amor al prójimo

Siendo San Pacomio todavía gentil, pasó por el pueblo, donde él vivía, una legión de soldados romanos. Observó el santo que algunos del pueblo buscaban y obsequiaban con amor a algunos de los soldados. Llamábale esto la atención a Pacomio porque no veía por donde aquellos soldados podían tener en

el pueblo tantas relaciones y conocimientos; y preguntó por qué así se saludaban y obsequiaban áquellos. Dijéronle:

— Es que esos son cristianos y se profesan un cariño y amor especial sólo por ser cristianos.

Conmovióle este amor a Pacomio y se hizo cristiano, creyendo que tal religión necesariamente había de ser buena. Verificóse lo que Jesucristo había dicho: *«En eso se conocerán que son mis discípulos»* (Jn. 13,35).

2

El redactor jefe de («Il Tribuno» exalaba todas las mañanas su bilis declamando contra los curas y, particularmente, contra Pio IX. Así se ganaba el pan de cada día con satánico placer.

Hallábase un día escribiendo un artículo más furibundo quizá que los otros, cuando sufrió un ataque de apoplejía y fue conducido al hospital. ¿Quién se encargó de cuidar a la familia del desgraciado? No fueron las sociedades secretas ni el gobierno revolucionario, sino que fue el propio Pio IX. — «Aquí, dijo el santo anciano, se nos presenta la ocasión de hacer bien a un enemigo».

3

El Marqués de Comillas, que Severino Aznar llama «el procer que más tiempo y más dinero ha consagrado al obrero español» amaba a todos entrañable-

mente, especialmente a los necesitados. Él fue el que condujo 18.000 obreros españoles a Roma, para postrarse a los pies del Papa León XIII. Esta peregrinación la tomó a su cargo. Logró un éxito rotundo. Verdaderamente fue espléndida la primera aparición en el campo internacional de la acción social española.

La diferencia enorme entre el gasto y el coste de todos cargó a cuenta de Don Claudio, el generoso Marqués que acompañó durante todo viaje de ida y vuelta a los obreros, y ya en Roma, él y su esposa recorrieron los albergues y hospederías para que nada faltase y en todo se guardase orden.

4

A estos ejemplos de amor al prójimo y a los enemigos podíamos añadir muchos más, pero me limito a insinuar los siguientes de los que nos habla en la Biblia. Primeramente el ejemplo de Jesús orando por sus enemigos: *Padre, perdónales, que no saben lo que hacen* (Lc. 23,34); Esteban, protomartir, ora por sus verdugos (Hech. 7,59); David respeta a Saúl en el desierto de Engaddi (1 Sa. 24); David trata con suavidad a Semei (2 Sam. 16,5 ss), etc.

Yo soy el pan de vida...

«Alabado sea el Santísimo Sacramento del altar y la Virgen concebida sin pecado original». He aquí los dos grandes amores de España: La Eucaristía y la Inmaculada. Hablaremos primero de la Eucaristía:

¿Qué es la Eucaristía? La Eucaristía es el sacramento en que Jesucristo se da a los fieles bajo las especies de pan y vino. Además de sacramento es sacrificio, el único de la religión cristiana. Se llama Eucaristía (que en griego significa «acción de gracias»), porque Jesucristo inmediatamente antes de instituir la dio gracias a Dios, y porque en el rito de la consagración, en la santa Misa, también damos gracias a Dios.

Jesucristo instituyó la Eucaristía, porque quería que en la ley de gracia hubiese un sacrificio limpio, una hostia agradable... Él quiso ofrecer su cuerpo y sangre en verdadero sacrificio para aplacar la ira de Dios y reconciliar todo el mundo con Él. Y este mismo cuerpo y sangre que se había de ofrecer en la cruz, nos lo quiso dejar perpetuamente en la Iglesia debajo de las especies de pan y vino.

Además instituyó este sacramento porque quería unírnos consigo y por medio de Sí mismo con el eterno Padre ya acá abajo y luego eternamente en el cielo queriendo ser para nosotros manjar de eternidad.

Lo que movió al Señor a instituir la Eucaristía fue su celo por la gloria de Dios y la salvación de las almas y su amor sin límites: *«Nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos»* (Jn. 15,15).

Textos bíblicos: *Viendo Jesús que llegaba su hora de pasar de este mundo al Padre, habiendo amado a los suyos, que estaban en el mundo, los amó hasta el fin (Jn. 13,1). Yo soy el pan de vida que ha bajado del cielo y que da vida al mundo; quien comiere de*

este pan vivirá eternamente. Y el pan que yo daré es mi carne. Quien come mi carne y bebe mi sangre tendrá vida eterna y Yo le resucitaré en el último día: porque es verdadera comida y mi sangre verdadera bebida... (Jn. 6,51-55).

Jesucristo, (la víspera de su Pasión) tomó el pan en sus manos, lo bendijo, lo partió y lo dio a sus discípulos diciendo: Tomad y comed: ESTO ES MI CUERPO que será entregado por vosotros... Y tomando un cáliz y dando gracias se lo dio diciendo: Bebed todos de él, porque ESTA ES MI SANGRE... Haced esto en conmemoración mía (Mt. 26,26-28; Lc. 22,19) «Desde que sale el sol hasta el ocaso, grande es mi nombre entre las naciones y en todo lugar se sacrifica y se ofrece al Nombre mio una oblación pura (Mal. 1,11). No hay nación tan grande que tenga a sus dioses tan cercanos, como lo está de nosotros nuestro Dios (Dt. 4,7).

¿Por qué sabemos que Jesucristo está presente en la Eucaristía, si como dice Santo Tomás, los sentidos no lo perciben, ni nuestro entendimiento lo comprende? Porque el mismo Cristo que es Dios nos lo dice y su Iglesia nos lo enseña y porque la Escritura santa dice: *«El que come indignamente de este pan, es reo del cuerpo y de la sangre del Señor...»* (1 Cor. 11,27-29).

En virtud de las palabras de la doble consagración y del mandato de Cristo: *«Haced esto en memoria mia»*, se repite cada día en nuestros altares por el ministerio de sus sacerdotes, el mismo sacrifi-

cio de Cristo en la cruz.

El sacrificio de la Misa es, pues, es el mismo sacrificio del Calvario, y fue anunciado cinco siglos antes por el profeta Malaquías, quien dijo que vendría un día que en todo lugar se ofrecería al Señor un sacrificio puro, el mismo que se realizó en el Calvario, actualizado y renovado en toda la redondez de la tierra. Este sacrificio sustituiría a todos los antiguos sacrificios.

San Ambrosio hablando de la Eucaristía dice: «Antes de consagrar el pan que está sobre el altar, no es más que pan común y ordinario; pero pronunciadas las palabras de Jesucristo, es el cuerpo de Jesucristo... Oid lo que el mismo dice: Tomad y comed todos de él, porque *este es mi Cuerpo*. Antes de las palabras de Jesucristo sólo hay en el cáliz vino y un poco de agua mezclados; pero después de lo que han obrado las palabras de Jesucristo (que son las de la consagración), se convierte en su sangre, la cual recibió su pueblo» (Lib. 4 Sacram. c. 5, sent. 108).

Jesucristo insituyó la Eucaristía no sólo para ofrecerse por nosotros en sacrificio, sinó también para ser nuestro alimento y nuestro compañero. Más entre Cristo y nosotros hay una unión más íntima que la que existe en el alimento ordinario, y una gran transformación, pues como la Eucaristía no es un alimento «muerto», sino «vivo» lo que ocurre es que nosotros no cambiamos este alimento «vivo espiritual» en nosotros, sino que Él por ser de naturaleza superior, nos cambia a nosotros en Él, o sea, en *nuevos hombres*,

haciéndonos más castos, más humildes, más caritativos y santos... y así haciéndonos semejantes a Él. Para acercarnos a comulgar debemos estar en gracia.

1

Ejemplos referentes a la Eucaristía

El célebre Daniel O'Connell, gran orador y defensor de la libertad de Irlanda (m. 1847) era un piadoso y ferviente católico. Un día, encontrándose con algunos protestantes se burlaron éstos de él porque creía en la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía y en todos los milagros de este gran misterio. Pero el valiente católico respondió, sin más: Deberíais conocer el Evangelio e iríais a una con Jesucristo; Él lo dijo, y por eso yo creo».

¿Qué más se puede responder a quien presenta la duda? Jesucristo, el Hijo de Dios lo ha dicho: Él no puede engañarse ni engañarnos.

2

Monseñor Mermillot, obispo de Ginebra, siendo simple sacerdote, convirtió a una protestante sólo con hacer una genuflexión ante el Santísimo.

Tenía la costumbre de ir todas las noches a la iglesia para arreglar la lámpara y rezar un poco. Esto hecho, se dirigía al pie del altar, doblaba lentamente las rodillas y besaba el suelo en señal de profunda adoración. Y he aquí que un día, al levantarse de estas devociones, oyó un ruido y vio que salía del con-

fesonario una mujer.

— ¿Qué hace aquí a estas horas? Le preguntó.

— Yo soy protestante — respondió ella; he oído uno de sus sermones sobre la presencia real de Jesucristo en la Eucaristía, y he quedado convencida; pero me quedaba la duda de que si usted creía lo que ha dicho; por eso he venido a comprobar su comportamiento para con la Eucaristía. He venido, he visto y creo, y desde este momento soy católica. ¡Confiésemle usted!

3

Un niño de diez años volvía muy contento del catecismo porque iba a hacer pronto su primera comunión. Un señor incrédulo le hizo esta pregunta: — Tu crees que Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, está en todas las hostias consagradas, ¿no es así? — Ciertamente. Pero ¿cómo puede ser esta verdad, si tu dices en el Padrenuestro que dios está en el cielo? A lo que dijo el niño: Dispense, ¿sabe usted el Credo? — Sí que lo sé. Veámoslo. «Creo en Dios Padre todopoderoso...»

— Basta, interrumpió el niño. Si Dios es omnipotente, puede hacer todo cuanto quiere: y por eso puede estar en el cielo y en la Eucaristía y en todas las hostias consagradas.

4

Un misionero que se encontraba entre infieles en una región de América para ganar almas para Jesu-

cristo, bautizó entre otros y dio la comunión a un niño salvaje después de haberlo instruido en religión. Después marchó a otros lugares.

Vuelto en aquella región al cabo de un año, vio el misionero que venía a su encuentro aquel niño, que alegremente decía: Padre, deme la sagrada Comunión. Sí, hijo, respondió el misionero, pero antes tienes que confesarte; en un año puedes haber hecho pecados...

— ¿Qué dice, padre? ¿Pecados?, respondió extrañado el muchacho. ¿Es posible pecar después de haber recibido el bautismo y la comunión? Gracias a Dios, yo no he vuelto a pecar.

Ved qué gracias reporta y qué efectos puede obrar una sola comunión bien hecha: ¡cambiar al pobre salvaje en un santo!.

5

¡Cómo apreciaba al cardenal Newman la sagrada Eucaristía! Era pastor protestante. Estudió la doctrina católica y luchó muchos años antes de convertirse. Finalmente, no pudo resistir más tiempo a la atracción de la santísima Eucaristía y se decidió a abrazar el catolicismo.

Poco antes de su conversión, uno de sus amigos intentó disuadirle del paso que iba a dar: ¡Piensa bien lo que vas a hacer! Si te haces católico pierdes tus considerables ingresos: 4.000 libras al año.

Newman no contestó más que esto: Y ¿qué son estas 4.000 libras esterlinas en comparación de una comunión?

El Padre Lacordaire, encontrándose en Soreze, hizo un viaje a París con la intención de regresar la misma tarde. Se trataba de su candidatura como miembro de la Academia. Uno de sus amigos le rogó se demorara un día más en París, pero el Padre le contestó: «No; hay penitentes que me esperan. No puede calcularse cuál es el fruto perdido por una comunión menos en la vida de un cristiano». Y partió al instante.

Pensemos en el valor de una comunión y preparémonos debidamente a recibirla.

Para demostrar cómo reparte Cristo su gracia en la Eucaristía el mismo Señor puso una comparación a Santa Catalina de Siena:

«Si tu, hija, le dijo en una visión, tuvieras encendida en tu mano una candela y todo el mundo viniera a tomar de ella, ¿no repetiría la luz y el fuego sin disminuir? Ciertamente; pero si, de los que fuesen llegando a encender, unos trajesen candelitas de cuatro onzas, otros velas de libra, otros cirios grandes y gruesos, ¿No te parece, aunque todos llevaran luz y fuego, más fuego y más luz llevarían los de gruesos cirios que los de candelitas pequeñas? Pues así sucede con el sacramento de mi amor».

Por eso, aunque es cierto que el sacramento produce de suyo una gracia que todos reciben, es cierto tam-

bién que la cantidad de esta gracia depende las disposiciones con que lo recibimos. De ahí la necesidad de una preparación fervorosa. No lo olvidéis. Tanta mayor luz llevaréis cuanto mayor sea la preparación.

Dios te salve María, llena de gracia...

Un ángel descendió del cielo y saludó a la virgen María, que vivía en Nazaret, proclamándola Madre del Altísimo. Dios quiso hacerse hombre y venir a la tierra para redimirnos y vino por medio de la Virgen. Ella es, pues, la Madre de Dios. He aquí el gran dogma mariano, fundamento de todas las gracias, privilegios y grandezas de María, la causa de todas las perfecciones y la raíz de toda su gloria.

En la Sagrada Escritura leemos: *«cumplido que fue el tiempo (anunciado por los profetas) envió Dios a su Hijo nacido de una mujer (Gál. 4,4). «María de la cual nació Jesús, llamado Cristo» (Mt. 1,16).*

En estos textos vemos claramente que María es Madre de Jesús, y como Jesús es Dios, por esos decimos que Ella es la Madre de Dios. Ella, pues, es la Madre de Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Además la expresión «Hijo de Dios», nacido en el tiempo, engendrado en las purísimas entrañas de María, ¿qué es sino Dios y hombre verdadero?, y ¿qué es María al engendrar un Hijo sino Madre de Él?

Y porque la Virgen María es Madre de Dios, por eso fue adornada con toda clase de gracias y es llamada con razón: la llena de gracia, la bendita entre todas las

mujeres, y es la Inmaculada, la exenta de todo pecado original y actual y la Medianera de todas las gracias.

Textos bíblicos: Dios te salve, llena de Gracia, el Señor es contigo... bendita tu eres entre todas las mujeres y bendito el fruto de tu vientre.. (Lc. 1,28 y 42). Eres toda hermosa y no hay mancha en ti (Cant. 4,7). Pongo enemistad entre ti y la mujer entre tu descendencia y su descendencia; ésta te aplastará la cabeza, cuando tu le asedies el calcañal (Gén. 3,15). Todas las generaciones me llamarán bienaventurada porque ha hecho en mi cosas grandes el Poderoso, cuyo nombre es santo (Lc. 1,48-49).

No temas María... concebirás en tu seno y darás a luz un Hijo, a quien pondrás por nombre Jesús. Él será grande y llamado Hijo del Altísimo (Lc. 1,30-32). Cumplido que fue el tiempo, envió Dios a su Hijo nacido de una mujer (Gál. 4,4). ¿De dónde a mi que la Madre de mi Señor venga a visitarme? (Lc. 1,43).

Notemos con Santo Tomás que decimos que la Virgen es Madre de Dios no porque sea Madre de la divinidad (o sea, de la naturaleza divina anterior a Ella), sino porque es Madre según la humanidad de una Persona que tiene divinidad y humanidad.

María también es Madre nuestra y Madre de la Iglesia, o sea, Madre de todo el Pueblo de Dios. Es nuestra madre espiritual. Ella no tiene relación con la vida de nuestro cuerpo, que no hemos recibido de Ella como la recibió Jesús, sino con la vida sobrenatural de nuestra alma, la vida de la gracia.

Si todos los fieles formamos con Cristo un solo cuerpo místico, una sola persona moral, de la que Él es la Cabeza y nosotros los miembros, al ser la Santísima virgen Madre de Cristo-Cabeza del cuerpo místico de la Iglesia, lo es también de sus miembros, puesto que la Cabeza y los miembros forman un solo cuerpo. Como dice el Concilio Vaticano II, María es Madre nuestra «en el orden de la gracia (Lg. 61), por haber cooperado con Jesús en la restauración de la vida sobrenatural de las almas».

Por ser la Virgen Medianera ante el Mediador Jesús, a través de Ella Dios nos puede conceder muchas gracias y por lo mismo le hemos de tener mucha devoción, pues como dicen muchos santos, especialmente San Alfonso M^a de Ligorio, «es imposible moralmente hablando que el verdadero devoto de María se condene».

1

Ejemplos referentes a la Virgen María

En el Concilio de *Éfeso*, el 22 de junio del año 431 los obispos declararon contra el hereje Nestorio como dogma de fe la piadosa creencia de que María es realmente Madre de Dios. Al concluirse la sesión, el pueblo acompañó alborozado a los prelados a sus residencias, llevando antorchas, tirando flores y alfombras por donde pasaban... Hubo iluminación festiva en toda la ciudad y por todas partes se oían estas frases: «María es realmente Madre de Dios. ¡María,

Madre de Dios, hoy como ayer! Lo será siempre».

En los balcones y fachadas de las casa pusieron «Santa Maria, Madre de Dios...». Y desde entonces quedó compuesta la segunda parte del Avemaría. (La primera parte es bíblica, pues está compuesta por las palabras que dijo el arcangel San Gabriel al saludar a la Virgen, y por las de Santa Isabel, llena del Espíritu Santo, cuando fue la Virgen a visitarla).

La Iglesia tributa a la Virgen María un culto especial por ser la Madre de Dios, y no existe lugar alguno en el mundo cristiano donde no veamos levantadas iglesias, capillas o altares donde no se venere con gran devoción.

2

En el despacho de un insigne protestante, el mariscal Hindenburg, presidente del Reich alemán en tiempos difíciles, se veía, para asombro de muchos y en lugar preferente, una lindísima imagen de María Inmaculada. Un visitante se atrevió a preguntar a Hindenburg por qué rendía él, como protestante, aparente culto a María. El mariscal contestó con sencillez: «Veo en la Madre de Cristo, la encarnación de todos los grandes valores necesarios a mi vida».

¡Lástima que tantos católicos no sintamos tan profundamente esta verdad al acordarnos de María!

3

Ocurrió unos meses después de la batalla de Adua,

en que fueron derrotados los italianos (1896). Un día el emperador Abisinio llamó a un prisionero de guerra italiano y, delante de todos los presentes, leyó la siguiente carta: «Soy una pobre madre de uno de los prisioneros de guerra, Gran emperador, tened piedad y devolved a una desgraciada mujer su hijo. En nombre de la Madre de Dios, os lo suplico. En nuestra iglesia he ofrecido una vela ante su imagen y me ha parecido que María me sonreía y me decía: «Ten confianza, Menelik te devolverá a tu hijo». Y así, en nombre de ella, te pido nuevamente a mi hijo».

Silencio de expectación. El emperador se vuelve al prisionero y le dice: Eres libre. Vuelve a tu casa. Aquí tienes dinero para el viaje, y di a tu madre que no fue Menelik, sinó María quien te devolvió la libertad. Ella es también mi madre. Si la Madre dice «sí», yo no puedo decir «no».

4

Una tarde se presentó un anciano al Padre L'Ermite. Padre, deseo hablarle. En este caso, vayamos a la sacristía; allí estaremos mejor. Permítame conocerle.

Se incorporó ante él. Alto, delgado, distinguido, con cabellos muy blancos.

– Soy un antiguo soldado de Leopoldo I.

– ¿De Leopoldo?.

– Sí.

– Entonces, ¿cuántos años tiene usted?

– Noventa y tres.
– Mi ennorabuena. Está magníficamente conservado.
– Sí, físicamente; pero, por desgracia, mi alma...
– El Señor usa de misericordia...
– Sí conmigo, Padre. Lo sé, vengo de lejos... Desde mi primera comunión no había vuelto a acordarme de Dios.

– Y ¿cuál es la causa de su vuelta, hoy, a Dios?
– Es muy largo de contar; ha sido una predilección de la Virgen. Prometí rezarle tres Avemarías y Ella se ha encargado del resto. Me ha llevado a sus pies con ganas de reconciliarme.

El anciano estaba conmovido. Se confesó y recibida la absolución, comenzó a llorar.

– Son lágrimas de gozo que no he experimentado desde mi niñez. ¡Un triunfo más de la Virgen!.

5

Acudamos a la Virgen. Contaba un soldado francés, y yo oí un caso parecido, estando de capellán militar en el frente de nuestra guerra de liberación, a uno español, cómo había salvado de muchas batallas, y decía:

– Ora una bala enemiga me rompía la bayoneta; ora una bomba me daba en la cartuchera, haciéndola saltar; ora un proyectil zumbaba en mis orejas, mas nunca tuve la menor herida. Y preguntándole yo: ¿Y no tenías miedo?

– ¡No, nunca! Yo decía siempre una oración que me enseñó mi madre, por la que creía inmune de toda

desgracia.

— ¿Qué oración era esa?: «¡Oh María, sin pecado concebida, rogad por nosotros que recurrimos a Vos!». Esta oración me ha salvado de la muerte y de la desgracia.

6

Un bandido convicto de varios asesinatos estaba en capilla en la celda de los condenados, aguardando el momento en que había de ser llevado a la silla eléctrica. El capellán de la cárcel había hecho todos los esfuerzos imaginables para inducirlo a recibir los sacramentos, mas todo había sido en vano.

— Márchese, ¡déjeme solo!, decía solamente. El sacerdote lleno de cordial compasión dirigió una oración rápida, pero ferviente a la Virgen, y luego dijo al criminal: Me iré, puesto que usted lo desea, pero antes quiero pedirle un favor.

— Bien, ¿qué es?

— Digamos los dos juntos un Avemaría.

Comenzaron los dos a rezarla, y ya a las primeras palabras la gracia del arrepentimiento invadió aquel duro corazón. Con lágrimas en los ojos pidió el sacramento de la penitencia y la absolución de sus pecados, y murió en santa paz con Dios, con el rosario en las manos y el nombre de María en los labios.

Con el sudor de tu rostro comerás el pan...

Debido al pecado original de nuestros primeros padres entraron con él en el mundo el trabajo penoso, el

dolor y la muerte. Hablaremos de estos tres temas. Empezaremos, pues, por el tema del trabajo.

El trabajo es una ley *universal* que pesa sobre la humanidad, y es una ley *penal* impuesta por Dios como castigo del primer pecado: «*Con el sudor de tu rostro comerás el pan todos los días de tu vida...*» (Gén. 3,19).

El trabajo es hoy una ley *santificadora*, una ley preservadora del mal, pues si el trabajo no nos ocupa, nos ocupará la ociosidad, manantial y origen de todos los vicios.

Todo trabajo honrado y noble es agradable a Dios y puede ser un gran medio de santificación. el que no trabaja o trabaja mal y cobra como si trabajara es un ladrón.

Si no estudias o no aprovechas suficientemente el tiempo, estás faltando a la justicia, porque estás robando a tus padres y a la sociedad.

Trabajar por Dios, descansar por Dios, servir por Dios y puede ser un gran medio de santificación. El que no trabaja o trabaja mal y cobra como si trabajara es un ladrón.

Si no estudias o no aprovechas suficientemente el tiempo, estás faltando a la justicia, porque estás robando a tus padres y a la sociedad.

Trabajar por Dios, descansar por Dios, servir por Dios, es lo único que da valor a las cosas. ¡Felices los que saben este secreto!

Textos bíblicos: *El hombre ha nacido para el trabajo, como el ave para volar (Job 5,7). El que labre la tierra tendrá pan abundante (Prov. 28,19). La ocio-*

sidad enseña muchas maldades (Eccl. 33,29). Por ti (por tu pecado) será maldita la tierra. Con trabajo comerás de ella todo el tiempo de tu vida... Con el sudor de tu rostro comerás el pan, hasta que vuelvas a la tierra, pues de ella has sido formado... (Gén. 3,17-19). No hemos vivido entre vosotros en ociosidad... y mientras estuvimos entre vosotros, os advertíamos que el que no quiere trabajar que no coma (2 Tes. 3,7 y 10).

La ley del trabajo es universal, pues pesa sobre todos y nadie está dispensado de él, ni ricos ni pobres. El trabajo nos obliga como hombres, como pecadores y como cristianos.

1) *Como hombres.* «El hombre nace para trabajar, como el ave para volar». Es una ley natural impuesta por Dios a nuestros primeros padres, pues los colocó en el paraíso terrenal para cultivarlo y guardarlo (Gén. 2,15).

2) *Como pecadores.* Al pecar Adán, el trabajo, que antes de su pecado no tenía razón de pena, se convirtió en castigo, que Dios impuso a él y a su descendencia. Hoy el trabajo, como hemos dicho es una ley santificadora, mientras que la ociosidad es madre de todos los vicios.

3) *Como cristianos.* Somos seguidores de Cristo y Él nos enseñó con su ejemplo la obligación del trabajo, fue ¡el obrero de Nazaret! al lado de San José y «*todo lo hizo bien*» (Mc. 7,37) y luego en su vida pública nos enseñó con las parábolas de los talentos y de los obreros de la viña a no estar ociosos.

Los Padres de la Iglesia inculcan frecuentemente que amemos el trabajo, porque éste ennoblece, da salud, fortifica el cuerpo y el alma, excluye los vicios y hace germinar las virtudes: la inocencia, la paciencia, la fuerza.

San Jerónimo nos dice: «Ocupaos siempre en algo para que el demonio os encuentre siempre ocupados, pues el perezoso está lleno de malos deseos».

1

Ejemplos referentes al trabajo

El *B. Antonio Grassi*, Prepósito del Oratorio de Fermo, era muy enemigo del ocio, origen de todos los vicios y capital enemigo de todas las virtudes. Por esto decía: «No perdamos tiempo, pues uno de los mayores tormentos del infierno, es el tiempo perdido». Y al hablar así enseñaba con el ejemplo a huir de la ociosidad, viéndose ocupado en las horas más molestas del día, para no dejarse vencer de tan capital enemigo, en coser y remendar sus pobres vestidos.

2

Como Prior (en Segovia), *San Juan de la Cruz*, además de haber mudado el Convento a mejor sitio y comenzado la obra, cuidó la dirección, alivio y aprovechamiento espiritual de sus súbditos. Trabajaba en la obra, ayudando a los peones con sus propias manos como si fuera uno de ellos, dándonos este ejemplo de tanta humildad.

3

Estaba para morir un honrado labrador. Sabiendo que tenía unos hijos poltrones e indolentes, los llamó junto a su lecho y, para obligarlos a trabajar, les dijo: «Os dejo en herencia un campo en el cual está escondido un tesoro. Después de mi muerte, cabad el campo y buscadlo por todas partes».

Ellos, en efecto, una vez muerto el padre, se pusieron a cavar con gran diligencia y no dejaron un palmo de terreno sin remover. ¿Qué encontraron? Nada precioso; pero áquel terreno, tan trabajado y removido, produjo abundante cosecha. Y este es el tesoro a que aludía áquel buen padre.

4

Ejemplo admirable de amor al trabajo fue en la antigüedad Plinio el Viejo, célebre escritor del tiempo de los emperadores Vespasiano y Tito.

A pesar de que su vida transcurrió en el ejercito o en el ejercicio de las magistraturas, supo conciliar sus ocupaciones y negocios con el estudio más tenaz. El número de sus obras es tan grande, que su lectura entera ocuparía muchos años de la vida de un hombre. Su *Historia Natural*, verdadera enciclopedia, acredita los vastos conocimientos de su autor.

5

Pasando un caminante por un lugar desierto, vio a un penitente solitario que trabajaba y miraba muchas

veces al cielo. —¿Haces de astrónomo? le preguntó al viandante. ¿Por qué en vez del trabajo, miras a cada momento al cielo? — Persigo lo mío. Quería decir que renovaba frecuentemente su intención de hacer por Dios el trabajo. Si hacemos el trabajo por Dios y bajo su mirada, podemos convertirlo en oración.

Nuestra vida es corta, hay que emplearla en algo bueno. En la Escritura Santa leemos: *«Pasé junto al campo del perezoso y junto a la viña del insensato, y todo eran cardos y hortigas... A su vista me puse a reflexionar; aquello fue para mí un lección»* (Prov. 24,30).

El por qué del dolor

El dolor o sufrimiento es inevitable, y como ha dicho Juan Pablo II: «El tema del sufrimiento es un tema universal, que acompaña al hombre a lo largo y ancho de la geografía» y tan extendido está en el mundo que éste lleva el calificativo de «valle de lágrimas».

Nadie quiere sufrir porque la naturaleza humana se resiste a cuanto la contaría, pero el hecho es que nadie está ahora exento del dolor.

Dios no ha creado el dolor ni el mal, pues todas las cosas salidas de manos de Dios *«eran en gran manera buenas»* (Gén. 1,31). ¿Pues de dónde traen origen el mal y las desgracias? El origen del mal y de los sufrimientos: hambre, pestes, guerras, muertes..., son debidas al primer pecado y a los pecados personales de los hombres.

Por Adán, el primer *hombre, entró el pecado en el mundo y por el pecado el dolor y la*

muerte (Rom. 5,12). Por los pecados personales de los hombres vemos que Dios ha mandado grandes castigos sobre la tierra: vg. el diluvio universal lo mandó Dios porque la tierra estaba llena de iniquidad (Gén. 6,13) y el diluvio de fuego que destruyó las ciudades de Sodoma y Gomorra fue por que sus pecados de impureza clamaban venganza al cielo (Gén. 18 y 19), etc.

Otros males y enfermedades que sufren los hombres son el resultado de la sensualidad y de la intemperancia, pues muchos sufren por glotonería (Eclo. 31,24 y 27; 37,33-34), por embriaguez por darse al deleite o placeres impuros.

Textos bíblicos: El hombre nacido de mujer vive corto tiempo y está repleto de muchas miserias (Job 14,1). Nosotros justamente padecemos por nuestros pecados, pero Este ningún mal ha hecho (Lc. 23,41). Todos los que quieran vivir piadosamente, siguiendo a Cristo, padecerán persecuciones (2 Tim. 3,12). Cristo padeció por nosotros... (1 Ped. 2,21). Habéis de alegraros en la medida en que participéis de los padecimientos de Cristo, para que en la revelación de su gloria exultéis de gozo (1 Ped. 4,13).

Tengo por cierto que los padecimientos del tiempo presente no son nada en comparación con la gloria que ha de manifestarse en nosotros (Rom. 8, 12). Pues por la momentanea y ligera tribulación, Dios nos prepara un peso eterno de gloria incalculable (2 Cor. 4,17). «Por un hombre entró el pecado en el

mundo y por el pecado la muerte... (Rom. 5,12).

La cuestión del problema del dolor la veríamos con mayor claridad si pensáramos que la causa de muchas desgracias y miserias y enfermedades no es otra que el hombre. Como leemos en los Proverbios: *«La necedad del hombre tuerce sus caminos y luego le echa la culpa a Dios»* (19,3). Hay que reconocer que muchas veces nos quejamos de la Providencia, cuando los verdaderos autores de nuestras desgracias hemos sido nosotros mismos con nuestro obrar irreflexivo e imprudente.

El misterio del dolor es posible esclarecerlo, pero sólo a la luz de los sufrimientos de Cristo, el Hijo de Dios. El quiso sufrir y morir para salvarnos, pues era tan grande la malicia del pecado, que sólo Él podía ofrecer al Padre una satisfacción cumplida por nuestros pecados. Notemos que Jesucristo es Dios y hombre a la vez, como hombre pudo sufrir, y como Dios dar a sus sufrimientos valor infinito de reparación.

Si preguntamos, ¿por qué quiso Dios así redimirnos mediante el sufrimiento de la cruz? Este misterio no tiene otra explicación que su gran amor a los hombres: *«Tanto amó Dios al mundo que le dio su Unigénito Hijo... para que sea salvo para Él»* (Jn. 3,16-17).

El cristiano ante el dolor debe aceptarlo en satisfacción por sus pecados, abandonarse a la voluntad de Dios y orar así, como Jesucristo nos enseñó: *Hágase tu voluntad...»* y no escandalizarse porque el malo prospere y aparezca feliz en esta vida, mien-

tras el bueno pasa tribulaciones, pues la felicidad de los malos es aparente y pasajera...

El remedio contra el dolor es mirar a Jesucristo: «Mira a Jesús crucificado y no te quejarás». Contra la mordedura de esta serpiente del dolor, todo hombre atribulado debe levantar su mirada a Jesucristo puesto en la cruz, y oír que nos dice: *«Venid a mi todos los que andáis agobiados con trabajos y cargas que Yo os aliviaré»* (Mt. 16,24)... La Vida es lucha, y *«por muchas tribulaciones hemos de entrar en el reino de los cielos»* (Hech. 14,21).

1

Ejemplos referentes al dolor

El Joven duque *Alberto de Baviera*, prometido de Inés Beranauer, la hermosa hija del alcalde Augsburgo, galopaba magníficamente por una pradera un día primaveral. En la puerta de una casa labriega divisó esta inscripción: «Yo tengo cruz y sufrimiento, y escribí esto con tiza. ¡Quien no tenga cruz y sufrimiento, borre esta estrofa!».

De buen humor mandó el príncipe a su escudero: «Ve y borra los versos. Yo soy el hombre que no tengo cruz ni sufrimientos». Mal de su grado cumplió el escudero la orden. Mas, apenas habían sido borradas las últimas letras, llegó un mensajero a toda prisa: «Duque, serenaos y no toméis a mal si traigo malas noticias». —¿Qué sucede? — «Vuestra prometi-da... ha muerto ahogada en el Danubio». El duque

permaneció inmóvil, cual herido por un rayo, y después de mucho tiempo, antes de subir al caballo, dijo al escudero con voz trémula: «Ve y escribe de nuevo lo de la cruz y el sufrimiento». (Nadie en esta vida está excluido del sufrimiento).

2

Catalina Mansfield, que sufrió terriblemente durante largos años, al llegar su muerte, en 1923, escribió: «Quiero, antes de morir, hacer constar una verdad. Se puede superar el dolor... Hay que hacer del dolor un principio de vida. Todo lo que se acepta cambia de sentido. Así, el sufrimiento se cambia en amor; he aquí el misterio».

3

Jacinta, la menor de los pastorcitos de Fátima, cercana ya a la muerte, repetía: «¡Me gusta tanto sufrir por amor a nuestro Señor y a nuestra Señora! ¡Ellos quieren mucho a los que sufren para convertir a los pecadores!».

4

Un caso parecido es el de *Bertina Baumann*, una niña de trece años escasos, moría en 1935. Su madre a su lado, exclamaba a veces: «¡pobre niña!». Y la pequeña protestaba: «No es verdad, mamá. Soy rica estando así porque puedo ofrecer mucho más a Dios. Puedo estar más tiempo pensando en Él. Aprendió a

unir sus sufrimientos a los de Cristo. Misión sublime: por los misioneros, por los infieles, por la conversión de los pecadores... Grande es el apostolado del sufrimiento. A Santa Teresita se le atribuye esta frase: «Más almas se convierten con el dolor que con los más brillantes sermones».

5

Juan Pablo II en un discurso a los enfermos dijo: «Queridos hermanos y hermanas que sufrís, que os sentís en desventaja física, ayudad con la oración y con el sacrificio de vuestros sufrimientos, de vuestra suerte dura, a los que están enfermos del alma. A veces no lo saben, no se dan cuenta de lo enferma que está su alma inmortal. Han adormecido su conciencia y endurecido su corazón. ¡Ayudadlos a despertarse!...» y terminó exhortándoles a unir su dolor al Cordero de Dios, el cual mediante su Pasión «ha quitado el pecado del mundo». Y que, por tanto vosotros, asociados a Él en la pasión podéis ser corredentores de la humanidad»...

6

Santa Teresita del Niño Jesús, en la última fase de su enfermedad, cuando ya apenas tenía energías, se esforzaba en andar por el jardín. Se le preguntó el porque de aquellos esfuerzos y contestó: «Ando por un misionero. Pienso que allá lejos tal vez algún misionero se sienta agotado por sus correrías apostóli-

cas y ofrezco mis fatiga al buen Dios, para disminuir las tuyas». (Véanse otros ejemplos sobre el apostolado del dolor en mi libro: «Ejemplos doctrinales»)

La Pasión de N. Señor Jesucristo

El misterio del dolor humano lo comprenderemos mejor a la luz de los sufrimientos de Jesucristo. ¿Cómo es posible que un Dios muera por el hombre? ¿Podremos darnos una idea de este gran misterio?

A este fin meditemos: ¿Quién es Dios y quién es el hombre? Dios es el sumo poder, la suma grandeza, la suma sabiduría, y el hombre es la impotencia, la suma debilidad y la suma dependencia del Creador.

Se comprende que el hombre haya sido creado para servir a Dios y sacrificarse por Él, y en esto consiste su dicha y su gloria; ...¡que un Dios que no necesita del hombre, se haya hecho hombre para sacrificarse y morir por el hombre! Esto es algo incomprensible.

Dios creó al hombre y al mundo, no para aumentar su felicidad o sus perfecciones, como dice el Concilio Vaticano I, porque ya era eternamente feliz, sino solamente para hacernos a nosotros felices...; pero pecamos, y en vez de castigarnos de una vez para siempre, determina salvarnos y a este fin se hizo el hombre para poder sufrir por nosotros y redimirnos.

Textos bíblicos: En esto hemos conocido el amor que Dios nos tiene, en que Él dio su vida por nosotros (1 Jn. 3,16). Dios es caridad... Dios es amor (1

Jn. 4,8 y 16). Lo que hace brillar más al amor de Dios hacia nosotros, es que siendo pecadores, murió Cristo por nosotros (Rom. 5,9). Tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo Unigénito... para que el mundo sea salvo por Él (Jn. 3,16-17). Me amó y se entregó (a la muerte) por mí (Gál. 2,20). Fue víctima de propiciación por nuestros pecados y los de todo el mundo (1 Jn. 2,2).

Este misterio de la Pasión de Cristo, como podemos observar por los textos citados, sólo se explica a la luz del amor y de la misericordia infinita de Dios.

Jesucristo dijo que «no había mayor prueba de amor que dar la vida por sus amigos» (Jn. 15,13)... Y ¿cuál no será morir por sus enemigos, tan viles e ingratos?; y por si fuera poco, no derramar una sola gota de sangre, que hubiera sido suficiente para la redención, por ser de valor infinito, sino toda.

¡Un Dios que sufre y muere por el hombre! Esta es la meditación y consideración continua de los santos y el más poderoso motivo de su amor y correspondencia al que tanto nos ama, y a esta luz se explica el valor de sufrimiento y el que haya almas que contribuyan con sus sufrimientos a desagraviar al Señor y hacer apostolado en bien de otras almas.

1

Ejemplos referentes a la Pasión de Cristo

Al ser admitido *San Lorenzo de Brindis* en el convento, en la primera entrevista que tuvo con el Padre

prior capuchino, éste le fue poniendo a la vista las mortificaciones de la Orden: comer pobremente, dormir sobre una tabla dura, etc, y le exhortaba a que volviese a casa, pues perteneciendo a una familia noble, no podría sobrellevarlas.

— Padre mio, le respondió el joven, en mi celda ¿tendré un crucifijo?

— Los hallaréis en vuestra celda y en todos los claustros del Convento.

— Entonces, padre, añadió resuelto el joven, abridme la puerta. con un crucifijo ante los ojos se puede sobrellevar todo.

2

El domingo de Pasión acude una muchacha de diez años al misionero (el P. Baetmann, en Abisinia), le besa la mano y le dice:

— Padre, ahora es el tiempo de la pasión, ¿Verdad?. Sí, hija. Pues le ruego que me de una estampa. Y ¿cuál prefieres? — Quisiera una en que se vea al Salvador con corona de espinas y el rostro ensangrentado.

— Y ¿por qué quieres precisamente una estampa así?

— Porque ahora es el tiempo de la Pasión, y por esto quisiera yo tener delante de los ojos día y noche la imagen de Cristo, para pensar siempre en Él, y acompañarle en su amargura hasta la Pascua.

3

El *Padre Pedro Fabre*, varón insigne de la Com-

pañía de Jesús, tenía merecida fama de gran director de espíritus. Un día se le acercó un caballero y le pidió le diera algunos puntos para meditar. El Padre le respondió:

— Hijo mío, a mi me basta con que haga esto: Algunos ratos al día, pienso: ¡Cristo en la cruz, en tanta pobreza, y yo en tanta opulencia! ¡Cristo sufriendo hambre y sed, y yo en tantos regalados banquetes! ¡Cristo desnudo, y yo costosamente vestido! ¡Cristo padeciendo horribles dolores, y yo metido entre tantas delicias!

— ¿Nada más que eso? — Nada más que eso. — El caballero se fue un poco desilusionado, mas a los pocos días fue invitado a una comida, y en medio de los manjares succulentos, de los vinos chispeantes, de las músicas, del vértigo de la diversión, se le vino a clavar el pensamiento: ¡Cristo con hambre y con sed, y yo aquí hartándome y embriagándome como una bestia!» Se le saltaron las lágrimas, levantose en silencio y se retiró a un claustro.

4

Pedía San Francisco de Asís un medio fácil y seguro para llegar a la santidad y oyó una voz que le dijo: «Abre el Misal».

Abrió el Misal y sus ojos toparon con aquellas palabras: *Passio Domini nostri Iesu-Christi... Pasión de N.S. Jesucristo...*

La meditación de la Pasión de Jesús es el medio de llegar a la santidad...

El hombre no piensa que se acerca la muerte...

De los «novísimos», dijo Pablo VI, hablan pocos y poco. El Concilio Vaticano II, sin embargo, nos recuerda las solemnes verdades escatológicas que nos interesan, comprendida la verdad terrible de un posible castigo eterno, que llamamos el infierno, sobre el que Cristo no empleó reticencias (Mt. 25,41;22,13). Es menester tenerlos presentes: «*Acuérdate de los novísimos (de tus postrimerías) y no pecarás jamás*» (Eccl. 7,40). «Muerte, juicio, infierno y gloria, ten cristiano en tu memoria».

Por lo que hace a la muerte diremos que «es común a todos los hombres y es el final de la vida terrena». Es una consecuencia del pecado original (Rom. 5,12). consiste en la separación del alma y del cuerpo.

Como dice el cantar popular: «Desde el día que nacemos a la muerte caminamos; no hay cosa que más se olvide, ni que más cerca tengamos».

El tiempo no es más que una carrera hacia la muerte: cada día morimos; cada día la muerte nos quita parte de nuestra vida (S. Agustín. De Civit. Lib. 13, c.10). «Voy de una tumba a otra tumba. Del seno de mi madre donde he estado encerrado nueve meses como en una verdadera tumba, voy a la muerte y al sepulcro». (S. Greg. Naz. Distich.).

Textos bíblicos: Está decretado que los hombres mueran una vez (Heb. 9,27). ¿Quién es el hombre que vive y no verá la muerte? (Sal. 88,49). Por un hombre

entró el pecado en el mundo y por el pecado la muerte... (Rom. 5,12). La muerte es estipendio o paga del pecado (Rom. 6,23). El hombre no sabe cuanto tiempo le resta, y no piensa que se acerca la muerte, y que todo lo dejará a otro y morirá (Eclo. 11,20). Dispón de tu casa, porque vas a morir (Is. 38,2).

La muerte de los pecadores es pésima (Eclo. 34,2), y es preciosa a los ojos de Dios la muerte de los justos (Sal. 115,15). Acuérdate de que la muerte no tarda y no sabes cuando vendrá. Antes de la muerte haz bien a tu prójimo, y según tus posibilidades ábrele tu mano y dale... mira que tienes que dejar lo tuyo para otros, y tu hacienda se la distribuirán tus herederos (Eclo. 14,12-15). Estad preparados... (Lc. 12,40).

Para saber vivir bien, hay que aprender a morir. La muerte es fruto del pecado, y ahora la muerte debe ser freno o remedio del pecado. La muerte, suerte común de todos los hombres nos da estas terribles lecciones:

– *Yo vendré y tu morirás*, quieras o no quieras. No podemos revocar la sentencia de la muerte. – *Yo te sorprenderé*. En la hora que menos penséis, cuando estés con más proyectos. – *Te despojaré de todo*, de todas las cosas, de la casa, de la familia... *Vivamos preparados*, y no estemos tristes como los que no tienen esperanza del cielo, pues, «la vida no termina, se transforma, y disuelta nuestra morada terrena, conseguimos una mansión eterna en el cielo» (liturg. de la Iglesia).

Los Santos: San Pablo decía: Deseo morir para es-

tar con Cristo (Fil. 1,23). *Santa Teresa de Jesús*: «Yo quiero ver a Dios, y para verlo es necesario morir». *Santa Teresa del Niño Jesús*: «Yo no muero, entro en la vida.» Vivamos con la esperanza de la vida eterna. ¿Quieres no temer la muerte? Ama a Dios de todo corazón y no temerás ni la muerte, ni el juicio ni el infierno...

1

Pensamientos referentes a la muerte

He aquí el ejemplo de algunos al morir: *Luis IX, el Santo* (m. 1270) poco antes de morir dijo: «Nunca hubiera creído que fuera tan fácil sea morir». Y se durmió en el Señor con una sonrisa en los labios. El *P. Francisco Suarez*, gran teólogo dijo frase algo parecida: «Nunca hubiera creído que fuera tan dulce el morir». El *P. de Ravignan*, al punto de morir, exclamó: «¡Morir! ¡qué dicha! La he deseado quizá demasiado; pero Dios sabe que más que por dejar de sufrir, por ir a verle en el cielo». De una carta de *Aparisi Guijarro*: «Después del pecado, la muerte es un beneficio. ¡Gracias, gran Dios!. Tu te compadeciste del hombre y abreviaste sus días sobre la tierra: postrados sólo en tu presencia, te damos gracias. La muerte es libertad... Morir para quien muere en Jesucristo, es saltar en el bajel que aporta a las playas eternas; es dormirse entre los hombres y despertar entre los ángeles».

2

Se refiere de *San Carlos Borromeo* que, teniendo

en sus habitaciones un cuadro que representaba la muerte como esqueleto con la guadaña en la mano, lo hizo corregir, ordenando que la muerte apareciese en forma de ángel teniendo una llave de oro en la mano, porque ella nos abre la puerta del cielo.

3

A *Teresita del Niño Jesús* al acercarse su muerte, el Capellán le preguntó: «¿Está usted dispuesta a recibir la muerte con conformidad?. Ella le contestó: «Padre, me parece que solamente para la vida es necesaria la conformidad, el pensamiento de la muerte me llena de alegría»...

4

Exactamente a la una y veintidós minutos de la mañana del 26 de febrero de 1943 exhaló su último suspiro en la silla eléctrica del Estado de Kentucky, el bandido *Tom Penney*. El Capellán Thomas Libs, en 27 de febrero, al día siguiente de la ejecución, escribió a la madre del ajusticiado: «Creo que nunca he visto ni veré una muerte más hermosa que la de su hijo. Todo cuanto me es posible decirle es que Tom murió como debe morir un buen católico. Pasó sus últimas horas en un espíritu de recogimiento absoluto, con el pensamiento puesto en Dios... Quisiera hacer la apología de su hijo para levantar otra vez su corazón, señora Penney; pero sólo puedo decirle que era una de las almas más santas que he encontrado en mi vida... Estaba tan bien prepa-

rado, que no pude menos de decirle que mi mayor deseo sería estarlo como él cuando me llegase la hora».

5

Cayó mortalmente herido el mariscal de Villars en la batalla de Malplaquet. Había pedido que le administrasen los últimos sacramentos, y alguien sugirió la idea de que la ceremonia se celebrase en secreto.

A ello se opuso el bizarro militar diciendo: «Ya que el ejército no ha podido ver al mariscal Villars muriendo como valiente, que le vean morir como buen cristiano».

6

Si un médico sabio te auscultara, te examinase parte por parte y después pronunciara la sentencia de sólo te quedaban ocho días de vida, dime: ¿Qué harías? ¿Cómo aprovecharías esa semana? ¿No habrías de rectificar aún muchas cosas? ¿No habrías de pedir perdón a muchos? ¿Quitar muchas defectos de tu alma? ¿Lavar muchos pecados? ... ¡Cuántos no piensan en la muerte y les sorprende en pecado mortal y condenarse para siempre!

Dice Kempis: «Podéis morir de un momento a otro... La muerte os espera en todas partes, pero si sois prudentes, en todas partes la esperaréis vosotros».

Vuestra recompensa es grande en el cielo

Jesucristo en el semón de la montaña, después de

decir: «*Bienaventurados los pobres, los que lloran, los que sufren, los limpios de corazón...*», añadió «*Alegraos y regocijaos porque vuestra recompensa es grande en el cielo*» (Mt. 5,1 ss). Hoy apenas se piensa en el cielo. Hay mucho materialismo. El comunismo ateo pone su paraíso en la tierra. Niegan el más allá; pero es necesario reconocer que «estamos en el camino que conduce a la Patria» (S. Greg. m.), y por tanto que hay otra vida después de ésta.

Jesucristo nos habla con frecuencia de la vida eterna, y así dice: «*Los justos irán a la vida eterna*» (Mt. 25,26) y para lograr el cielo tenemos que ir, como Él también nos dice, por el camino de los mandamientos: «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17).

«Toda la Sagrada Escritura, como afirma San Agustín, nos exhorta a desprendernos de la tierra y a dirigir nuestras miradas al cielo, en donde se halla la verdadera y suprema felicidad» (Lib. de Civit.).

El cielo, morado de Dios y de los santos que parten de este mundo, es una realidad de la que nos habla la Sagrada Escritura a cada paso y en ella leemos que «*por muchas tribulaciones hemos de entrar en el cielo*» (Hech. 14,22)

No dudemos que hay cielo, que hay otro mundo, que esta vida tiene una continuación más allá de la tumba, y si queremos ser felices, debemos encaminarnos presurosos al reino de los cielos, enseñando por Jesucristo.

Textos bíblicos: Sabemos que si esta casa terrestre en que habitamos viene a destruirse, nos dará Dios en el cielo otra casa, no hecha por mano de hombre (2 Cor. 5,1). Esta es la promesa que Dios nos hizo, la vida eterna (1 Jn. 2,25). Bienaventurados los limpios de corazón porque ellos verán a Dios (Mt. 5,8). Jamás los impúdicos poseerán el reino de Dios (Gál. 5,21).

Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el cielo (Mt. 5,12). Los justos irán a la vida eterna (Mt. 25,46). Allí estaremos siempre con el Señor (1 Tes. 4,17) y le veremos tal cual es (1 Jn. 3,2), cara a cara (1 Cor. 13,12). En la casa de mi Padre hay muchas moradas... Yo voy a prepara lugar para vosotros (Jn. 14,2). Somos forasteros y peregrinos sobre la tierra (Heb. 11,13). No tenemos aquí una ciudad fija, sino que vamos en busca de una que es eterna (Heb. 13,14).

El reino de los cielos sobrepaja en grandeza a todo lo que pueda decirse; es superior a todos los elegidos, y aventaja a todas las glorias imaginables (S. Agustín. Lib. de dilig. Deo, c.18). La dicha del cielo es indescriptible: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó, ni vino a la mente del hombre lo que Dios tiene preparado para los que le aman» (2 Cor. 2,9). En el cielo está la posesión de todo bien y exclusión de todo mal «ya no habrá más hambre ni sed... Dios enjugará de sus ojos todas las lágrimas, ni habrá ya muerte, ni llanto ni dolor» (Apoc. 7,16; 21,4).

El Concilio de Lyon II nos dice: «Las almas de los que después de recibir el santo bautismo no contraje-

ron ninguna mancha de pecado, y las almas que después de contraer mancha de pecado, peregrinando aún en cuerpo mortal o separadas de éste... se han purgado, son recibidas inmediatamente en el cielo». (Dz. 464).

Pensemos que los bienes de la tierra son pasajeros y vanos. El cielo lo hemos de conquistar con el desprendimiento de todos los bienes de la tierra, aspirando a los imperecederos y eternos. «La tierra, dice San Agustín, no es más que un destierro, una cárcel, y sin embargo esta cárcel es ya bella y agrada; ¿qué será, pues, la Patria?». ¡Cuán vil y despreciable me parece la tierra cuando miro al cielo! exclamaba San Ignacio de Loyola.

Tengamos siempre presente estas palabras de Jesucristo: «*Si quieres entrar en la vida eterna, guarda los mandamientos*» (Mt. 19,17). Este es el camino de la felicidad eterna.

1

Ejemplos referentes al cielo

Monseñor Dupuy, obispo de Argel, fue llamado un día a visitar a una enfermita pobre que hacía meses guardaba cama consumida por la fiebre de una horrible úlcera en el pecho. «Hija mia, le dice el prelado, ¿cómo puedes aguantar tan terribles dolores?

— Mirad, señor, contestó la enfermita señalando un ventanuco entreabierto: Este trocito de cielo que desde aquí se ve me da fuerzas y consuelo.

Cuando pases alguna desgracia, levanta tus ojos

al cielo. La esperanza del premio eterno te dará fortaleza y resignación. «*Por muchas tribulaciones hemos de entrar en el cielo*» (Hech. 14,21).

2

«¡El cielo, el cielo!», repetía **Bernardita Soubirous**, cuando sufría a mares en su enfermedad. Se dice que hay santos que no fueron a él directamente porque no lo han deseado bastante; no será éste mi caso. Vamos al cielo, trabajemos, suframos por el cielo. Todo lo demás es nada.

3

Enrique VIII, rey de Inglaterra, estuvo mirando una noche, en compañía de Ana Bolena, el cielo estrellado. Ella rompió el silencio: ¡Cuán hermoso es el cielo! Y más hermoso será aún más allá de las estrellas junto a Dios». El rey inclinó avergonzado la cabeza diciendo: «Ana, el cielo no es para nosotros». ¡Cuántos en la vida, lo tienen todo como el rey apóstata: poder, riquezas, placeres, pero, desgraciados de ellos, porque por no quererse desprender de las riquezas y del pecado, tienen que decir: «¡El cielo no es para nosotros!....»

4

O'Connell, el libertador de Irlanda, el ardoroso patriota, dirigiéndose a Roma, murió en Génova (15-5-1847). Había pasado los dos últimos días en oración. Su última disposición fue ésta: «Dejo mi cuer-

po a Irlanda, mi alma al cielo, mi corazón a Roma»...

5

Uno que visitó la magnífica catedral de Diakovar (Croacia), se encontró a la salida con un pordiosero miserablemente vestido. El turista poco amigo de la Iglesia, le preguntó: «Oiga, propiamente ¿qué piensa usted del lujo que hay allá dentro, en el interior de la iglesia?». El pobre le dio esta hermosa respuesta: «¡Ah, mi buen señor, yo rezo muchas veces por nuestro obispo, que nos ha edificado la hermosa iglesia. Así tengo también yo acá abajo en la tierra una idea de lo hermoso que será todo allá arriba en el cielo».

6

El infeliz Lutero (1546), que primero fue religioso y después llevó una vida de pecado, apostatando de la religión católica, pensaba en el gran mal que había hecho y en la pérdida del cielo.

Se cuenta de él que una noche, mientras miraba al cielo estrellado, lleno de remordimientos, al igual que Enrique VIII, exclamó: «¡Qué hermoso es el cielo, pero ya no es para mí!».

El cielo ciertamente no es para los desesperados y que viven en pecado sin arrepentirse. *Dios no quiere la muerte del pecador, sino que se convierta y viva*, y los que no se arrepienten de su pecado y se alejan de Dios, su destino no es otro que el infierno, la separación definitiva a Dios.